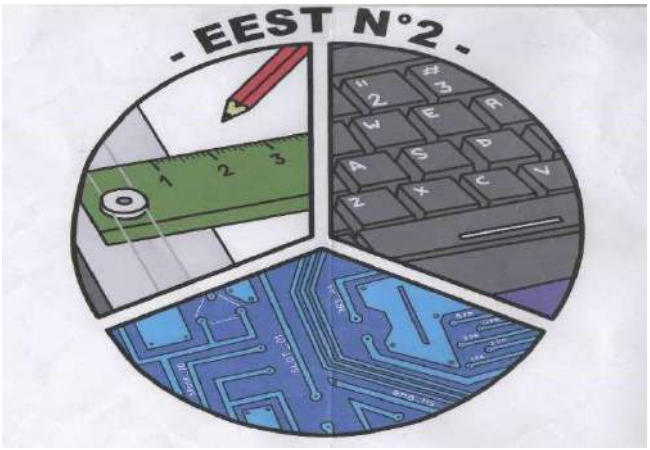
ANTOLOGIA

2027

Lectura obligatoria

(NO ES OBLIGATORIA LA IMPRESION DE ESTE MATERIAL)



Las y los docentes de la EEST Nº 2 creemos firmemente en que la lectura es un hábito que debe ir fomentándose y ejercitándose hasta que finalmente encontramos los temas que nos gustan leer y lo hacemos por puro placer. Por eso, con esta antología buscamos que ya desde tu ingreso a la escuela empieces a armar tu camino como lector/ra.

¡¡Que disfrutes de la lectura!!

Textos:

- La abeja haragana (Horacio Quiroga)
- Cordero asado (Roald Dahl)
- La leyenda del jinete sin cabeza (Washington Irving)

La abeja haragana

Había una vez en una colmena una abeja que no quería trabajar, es decir, recorría los árboles uno por uno para tomar el jugo de las flores; pero en vez de conservarlo para convertirlo en miel, se lo tomaba del todo.

Era, pues, una abeja haragana. Todas las mañanas, apenas el sol calentaba el aire, la abejita se asomaba a la puerta de la colmena, veía que hacía buen tiempo, se peinaba con las patas, como hacen las moscas, y echaba entonces a volar, muy contenta del lindo día. Zumbaba muerta de gusto de flor en flor, entraba en la colmena, volvía a salir, y así se lo pasaba todo el día mientras las otras abejas se mataban trabajando para llenar la colmena de miel, porque la miel es el alimento de las abejas recién nacidas.

Como las abejas son muy serias, comenzaron a disgustarse con el proceder[1] de la hermana haragana. En la puerta de las colmenas hay siempre unas cuantas abejas que están de guardia para cuidar que no entren bichos en la colmena. Estas abejas suelen ser muy viejas, con gran experiencia de la vida y tienen el lomo pelado porque han perdido todos los pelos de rozar contra la puerta de la colmena.

Un día, pues, detuvieron a la abeja haragana cuando iba a entrar, diciéndole:

1 **Proceder:** conducta.

—Compañera: es necesario que trabajes, porque todas las abejas debemos trabajar.

La abejita contestó:

—Yo ando todo el día volando, y me canso mucho.

—No es cuestión de que te canses mucho —respondieron—, sino de que trabajes un poco. Es la primera advertencia que te hacemos.

Y diciendo así la dejaron pasar.

Pero la abeja haragana no se corregía. De modo que a la tarde siguiente las abejas que estaban de guardia le dijeron:

—Hay que trabajar, hermana.

Y ella respondió enseguida:

—¡Uno de estos días lo voy a hacer!

—No es cuestión de que lo hagas uno de estos días —le respondieron—, sino mañana mismo. Acuérdate de esto.

Y la dejaron pasar.

Al anochecer siguiente se repitió la misma cosa. Antes de que le dijeran nada, la abejita exclamó:

—¡Sí, sí, hermanas! ¡Ya me acuerdo de lo que he prometido!

—No es cuestión de que te acuerdes de lo prometido —le respondieron—, sino de que trabajes. Hoy es 19 de abril. Pues bien: trata de que mañana, 20, hayas traído una gota siquiera de miel. Y ahora, pasa.

Y diciendo esto, se apartaron para dejarla entrar.

Pero el 20 de abril pasó en vano[2] como todos los demás. Con la diferencia de que al caer el sol el tiempo se descompuso y comenzó a soplar un viento frío.

2 **En vano:** inútilmente.

La abejita haragana voló apresurada hacia su colmena, pensando en lo calentito que estaría allá dentro. Pero cuando quiso entrar, las abejas que estaban de guardia se lo impidieron.

—¡No se entra! —le dijeron fríamente.

—¡Yo quiero entrar! —clamó la abejita—. Esta es mi colmena.

—Esta es la colmena de unas pobres abejas trabajadoras —le contestaron las otras—. No hay entrada para las haraganas.

—¡Mañana sin falta voy a trabajar! —insistió la abejita.

—No hay mañana para las que no trabajan —respondieron las abejas, que saben mucha filosofía.

Y esto diciendo la empujaron afuera.

La abejita, sin saber qué hacer, voló un rato aún; pero ya la noche caía y se veía apenas. Quiso agarrarse de una hoja, y cayó al suelo. Tenía el cuerpo entumecido[3] por el aire frío, y no podía volar más.

Arrastrándose entonces por el suelo, trepando y bajando de los palitos y piedritas, que le parecían montañas, llegó a la puerta de la colmena, al mismo tiempo que comenzaban a caer frías gotas de lluvia.

—¡Ay, mi Dios! —clamó la desamparada—. Va a llover, y me voy a morir de frío.

E intentó entrar en la colmena.

Pero de nuevo le cerraron el paso.

—¡Perdón! —gimió la abeja—. ¡Déjenme entrar!

—Ya es tarde —le respondieron.

3 **Entumecido:** entorpecido, acalambrado.

—¡Por favor, hermanas! ¡Tengo sueño!

—Es más tarde aún.

—¡Compañeras, por piedad! ¡Tengo frío!

—Imposible.

—¡Por última vez! ¡Me voy a morir!

Entonces le dijeron:

—No, no morirás. Aprenderás en una sola noche lo que es el descanso ganado con el trabajo. Vete.

Y la echaron.

Entonces, temblando de frío, con las alas mojadas y tropezando, la abeja se arrastró, se arrastró hasta que de pronto rodó por un agujero: cayó rodando, mejor dicho, al fondo de una caverna.

Creyó que no iba a concluir nunca de bajar. Al fin llegó al fondo, y se halló bruscamente ante una víbora, una culebra verde de lomo color amarillo, que la miraba enroscada y presta a lanzarse sobre ella.

En verdad, aquella caverna era el hueco de un árbol que habían trasplantado hacía tiempo, y que la culebra había elegido de guarida.

Las culebras comen abejas, que les gustan mucho. Por esto la abejita, al encontrarse ante su enemiga, murmuró cerrando los ojos:

—¡Adiós mi vida! Esta es la última hora que yo veo la luz.

Pero con gran sorpresa suya, la culebra no solamente no la devoró sino que le dijo:

—¿Qué tal, abejita? No has de ser muy trabajadora para estar aquí a estas horas.

—Es cierto —murmuró la abejita—. No trabajo, y yo tengo la culpa.

—Siendo así —agregó la culebra, burlona—, voy a quitar del mundo a un mal bicho como tú. Te voy a comer, abeja.

La abeja, temblando, exclamó entonces:

—¡No es justo eso, no es justo! No es justo que usted me coma porque es más fuerte que yo. Los hombres saben lo que es justicia.

—¡Ah, ah! —exclamó la culebra, enroscándose ligero—. ¿Tú conoces bien a los hombres? ¿Tú crees que los hombres que les quitan la miel a ustedes son más justos, grandísima tonta?

—No, no es por eso que nos quitan la miel —respondió la abeja.

—¿Y por qué, entonces?

—Porque son más inteligentes.

Así dijo la abejita. Pero la culebra se echó a reír, exclamando:

—¡Bueno! Con justicia o sin ella, te voy a comer; apróntate.[4]

Y se echó atrás, para lanzarse sobre la abeja. Pero esta exclamó:

—Usted hace eso porque es menos inteligente que yo.

—¿Yo menos inteligente que tú, mocosa? —se rio la culebra.

—Así es —afirmó la abeja.

—Pues bien —dijo la culebra—, vamos a verlo. Vamos a hacer dos pruebas. La que haga la prueba más rara, esa gana. Si gano yo, te como.

—¿Y si gano yo? —preguntó la abejita.

—Si ganas tú —repuso su enemiga—, tienes el derecho de pasar la noche aquí, hasta que sea de día. ¿Te conviene?

4 **Aprontarse:** prepararse prontamente para algo.

—Aceptado —contestó la abeja.

La culebra se echó a reír de nuevo, porque se le había ocurrido una cosa que jamás podría hacer una abeja. Y he aquí lo que hizo:

Salió un instante afuera, tan velozmente que la abeja no tuvo tiempo de nada. Y volvió trayendo una cápsula de semillas de eucalipto, de un eucalipto que estaba al lado de la colmena y que le daba sombra.

Los muchachos hacen bailar como trompos esas cápsulas, y las llaman "trompitos de eucalipto".

—Esto es lo que voy a hacer —dijo la culebra—. ¡Fíjate bien, atención!

Y arrollando vivamente la cola alrededor del trompito como un piolín, la desenvolvió a toda velocidad, con tanta rapidez que el trompito quedó bailando y zumbando como un loco.

La culebra reía, y con mucha razón, porque jamás una abeja ha hecho ni podrá hacer bailar a un trompito. Y cuando este trompito, que se había quedado dormido zumbando, como les pasa a los trompos de naranjo, cayó por fin al suelo, la abeja dijo:

—Esa prueba es muy linda, y yo nunca podré hacer eso.

—Entonces, te como —exclamó la culebra.

—¡Un momento! Yo no puedo hacer eso; pero hago una cosa que nadie hace.

—¿Qué es eso?

—Desaparecer.

—¿Cómo? —exclamó la culebra, dando un salto de sorpresa—. ¿Desaparecer sin salir de aquí?

—Sin salir de aquí.

—¿Y sin esconderte en la tierra?

—Sin esconderme en la tierra.

—Pues bien, ¡hazlo! Y si no lo haces, te como enseguida —dijo la culebra.

El caso es que mientras el trompito bailaba, la abeja había tenido tiempo de examinar la caverna y había visto una plantita que crecía allí. Era un arbustillo, casi un yuyito, con grandes hojas del tamaño de una moneda de dos centavos.

La abeja se arrimó a la plantita, teniendo cuidado de no tocarla, y dijo así:

—Ahora me toca a mí, señora Culebra. Me va a hacer el favor de darse vuelta y contar hasta tres. Cuando diga "tres", búsqueme por todas partes; ¡ya no estaré más!

Y así pasó, en efecto. La culebra dijo rápidamente: "uno…, dos…, tres", y se volvió y abrió la boca cuan grande era, de sorpresa: allí no había nadie. Miró arriba, abajo, a todos lados, recorrió los rincones, la plantita, tanteó todo con la lengua. Inútil: la abeja había desaparecido.

La culebra comprendió entonces que si su prueba del trompito era muy buena, la prueba de la abeja era simplemente extraordinaria. ¿Qué se había hecho? ¿Dónde estaba?

No había modo de hallarla.

—¡Bueno! —exclamó por fin la culebra—. Me doy por vencida. ¿Dónde estás?

Una voz que apenas se oía —la voz de la abejita— salió del medio de la cueva.

—¿No me vas a hacer nada? —dijo la voz—. ¿Puedo contar con tu juramento?

—Sí —respondió la culebra—. Te lo juro. ¿Dónde estás?

—Aquí —respondió la abeja, apareciendo súbitamente de entre una hoja cerrada de la plantita.

¿Qué había pasado? Una cosa muy sencilla: la plantita en cuestión era una sensitiva, muy común también aquí en Buenos Aires, y que tiene la particularidad de que sus hojas se cierran al menor contacto. Solamente que esta aventura pasaba en Misiones, donde la vegetación es muy rica, y por lo tanto muy grandes las hojas de las sensitivas. De aquí que al contacto de la abeja, las hojas se cerraron, ocultando completamente al insecto.

La inteligencia de la culebra no había alcanzado nunca a darse cuenta de este fenómeno; pero la abeja lo había observado, y se aprovechaba de él para salvar su vida.

La culebra no dijo nada, pero quedó muy irritada con su derrota, tanto que la abeja pasó toda la noche recordando a su enemiga la promesa que había hecho de respetarla.

Fue una noche larga, interminable, que las dos pasaron arrimadas contra la pared más alta de la caverna, porque la tormenta se había desencadenado, y el agua entraba como un río.

Además hacía mucho frío, y adentro reinaba la oscuridad más completa. De cuando en cuando la culebra sentía impulsos de lanzarse sobre la abeja, y esta creía entonces llegado el término de su vida.

Nunca, jamás, creyó la abejita que una noche podría ser tan fría, tan larga, tan horrible. Recordaba su vida anterior, durmiendo noche tras noche en la colmena, bien calentita, y lloraba entonces en silencio.

Cuando llegó el día, y salió el sol, porque el tiempo se había compuesto, la abejita voló y lloró otra vez en silencio ante

la puerta de la colmena hecha por el esfuerzo de la familia. Las abejas de guardia la dejaron pasar sin decirle nada, porque comprendieron que la que volvía no era la paseandera haragana, sino una abeja que había hecho en apenas una noche un duro aprendizaje de la vida.

Así fue, en efecto. En adelante, ninguna como ella recogió tanto polen ni fabricó tanta miel. Y cuando el otoño llegó, y llegó también el término de sus días, tuvo aún tiempo de dar una última lección antes de morir a las jóvenes abejas que la rodeaban:

—No es nuestra inteligencia, sino nuestro trabajo quien nos hace tan fuertes. Yo usé una sola vez mi inteligencia, y fue para salvar mi vida. No habría necesitado de ese esfuerzo, si hubiera trabajado como todas. Me he cansado tanto volando de aquí para allá, como trabajando. Lo que me faltaba era la noción del deber, que adquirí aquella noche.

"Trabajen, compañeras, pensando que el fin a que tienden nuestros esfuerzos —la felicidad de todos— es muy superior a la fatiga de cada uno. A esto los hombres llaman ideal, y tienen razón. No hay otra filosofía en la vida de un hombre y de una abeja."





Referentes...

CORDERO ASADO

Roald Dahl

La habitación estaba limpia y acogedora, las cortinas corridas, las dos lámparas de mesa encendidas, la suya y la de la silla vacía, frente a ella. Detrás, en el aparador, dos vasos altos de Whiskey. Cubos de hielo en un recipiente.

Mary Maloney estaba esperando a que su marido volviera del trabajo.

De vez en cuando echaba una mirada al reloj, pero sin preocupación, simplemente para complacerse de que cada minuto que pasaba acercaba el momento de su llegada. Tenía un aire sonriente y optimista. Su cabeza se inclinaba hacia la costura con entera tranquilidad. Su piel —estaba en el sexto mes del embarazo— había adquirido un maravilloso brillo, los labios suaves y los ojos, de mirada serena, parecían más grandes y oscuros que antes.

Cuando el reloj marcaba las cinco menos diez, empezó a escuchar, y pocos minutos más tarde, puntual como siempre, oyó rodar los neumáticos sobre la grava y cerrarse la puerta del coche, los pasos que se acercaban, la llave dando vueltas en la cerradura.

Dejó a un lado la costura, se levantó y fue a su encuentro para darle un beso en cuanto entrara.

—¡Hola, querido! —dijo ella.

—¡Hola! —contestó él.

Ella le colgó el abrigo en el armario. Luego volvió y preparó las bebidas, una fuerte para él y otra más floja para ella; después se sentó de nuevo con la costura y su marido enfrente con el alto vaso de whisky entre las manos, moviéndolo de tal forma que los cubitos de hielo golpeaban contra las paredes del vaso. Para ella ésta era una hora maravillosa del día. Sabía que su esposo no quería hablar mucho antes de terminar la primera bebida, y a ella, por su parte, le gustaba sentarse silenciosamente, disfrutando de su compañía después de tantas horas de soledad. Le gustaba vivir con este hombre y sentir —como siente un bañista al calor del sol— la influencia que él irradiaba sobre ella cuando estaban juntos y solos. Le gustaba su manera de sentarse descuidadamente en una silla, su manera de abrir la puerta o de andar por la habitación a grandes zancadas. Le gustaba esa intensa mirada de sus ojos al fijarse en ella y la forma graciosa de su boca, especialmente cuando el cansancio no le dejaba hablar, hasta que el primer vaso de Whiskey le reanimaba un poco.

—¿Cansado, querido?

—Sí —respondió él—, estoy cansado.

Mientras hablaba, hizo una cosa extraña. Levantó el vaso y bebió su contenido de una sola vez, aunque el vaso estaba a medio llenar. Ella no lo vio, pero lo intuyó al oír el ruido que hacían los cubitos de hielo al volver a dejar él su vaso sobre la mesa. Luego se levantó lentamente para servirse otro vaso.

—Yo te lo serviré —dijo ella, levantándose.

—Siéntate —dijo él secamente.

Al volver observó que el vaso estaba medio lleno de un líquido ambarino.

—Querido, ¿quieres que te traiga las zapatillas? —Le observó mientras él bebía el whisky—. Creo que es una vergüenza para un policía que se va haciendo mayor, como tú, que le hagan andar todo el día —dijo ella.

Él no contestó; Mary Maloney inclinó la cabeza de nuevo y continuó con su costura. Cada vez que él se llevaba el vaso a los labios se oía golpear los cubitos contra el cristal.

—Querido, ¿quieres que te traiga un poco de queso? No he hecho cena porque es jueves.

—No —dijo él.

—Si estás demasiado cansado para comer fuera —continuó ella—, no es tarde para que lo digas. Hay carne y otras cosas en la nevera y te lo puedo servir aquí para que no tengas que moverte de la silla.

Sus ojos se volvieron hacia ella; Mary esperó una respuesta, una sonrisa, un signo de asentimiento al menos, pero él no hizo nada de esto.

—Bueno —agregó ella—, te sacaré queso y unas galletas.

—No quiero —dijo él.

Ella se movió impaciente en la silla, mirándole con sus grandes ojos.

—Debes cenar. Yo lo puedo preparar aquí, no me molesta hacerlo. Tengo chuletas de cerdo y cordero, lo que quieras, todo está en la nevera.

—No me apetece —dijo él.

—¡Pero querido! ¡Tienes que comer! Te lo sacaré y te lo comes, si te apetece.

Se levantó y puso la costura en la mesa, junto a la lámpara.

—Siéntate —dijo él—, siéntate sólo un momento. Desde aquel instante, ella empezó a sentirse atemorizada—. Vamos —dijo él—, siéntate.

Se sentó de nuevo en su silla, mirándole todo el tiempo con sus grandes y asombrados ojos. Él había acabado su segundo vaso y tenía los ojos bajos.

—Tengo algo que decirte.

—¿Qué es ello, querido? ¿Qué pasa?

Él se había quedado completamente quieto y mantenía la cabeza agachada de tal forma que la luz de la lámpara le daba en la parte alta de la cara, dejándole la barbilla y la boca en la oscuridad.

—Lo que voy a decirte te va a trastornar un poco, me temo —dijo—, pero lo he pensado bien y he decidido que lo mejor que puedo hacer es decírtelo en seguida. Espero que no me lo reproches demasiado.

Y se lo dijo. No tardó mucho, cuatro o cinco minutos como máximo. Ella no se movió en todo el tiempo, observándolo con una especie de terror mientras él se iba separando de ella más y más, a cada palabra.

—Eso es todo —añadió—, ya sé que es un mal momento para decírtelo, pero no hay otro modo de hacerlo. Naturalmente, te daré dinero y procuraré que estés bien cuidada. Pero no hay necesidad de armar un escándalo. No sería bueno para mi carrera.

Su primer impulso fue no creer una palabra de lo que él había dicho. Se le ocurrió que quizá él no había hablado, que era ella quien se lo había imaginado todo. Quizá si continuara su trabajo como si no hubiera oído nada, luego, cuando hubiera pasado algún tiempo, se encontraría con que nada había ocurrido.

—Prepararé la cena —dijo con voz ahogada.

Esta vez él no contestó.

Mary se levantó y cruzó la habitación. No sentía nada, excepto un poco de náuseas y mareo. Actuaba como un autómata. Bajó hasta la bodega, encendió la luz y metió la mano en el congelador, sacando el primer objeto que encontró. Lo sacó y lo miró. Estaba envuelto en papel, así que lo desenvolvió y lo miró de nuevo.

Era una pierna de cordero.

Muy bien, cenarían pierna de cordero. Subió con el cordero entre las manos y al entrar en el cuarto de estar encontró a su marido de pie junto a la ventana, de espaldas a ella.

Se detuvo.

—Por el amor de Dios —dijo él al oírla, sin volverse—, no hagas cena para mí. Voy a salir.

En aquel momento, Mary Maloney se acercó a él por detrás y sin pensarlo dos veces levantó la pierna de cordero congelada y le golpeó en la parte trasera de la cabeza tan fuerte como pudo. Fue como si le hubiera pegado con una barra de acero. Retrocedió un paso, esperando a ver qué pasaba, y lo gracioso fue que él quedó tambaleándose unos segundos antes de caer pesadamente en la alfombra.

La violencia del golpe, el ruido de la mesita al caer por haber sido empujada, la ayudaron a salir de su ensimismamiento.

Salió retrocediendo lentamente, sintiéndose fría y confusa, y se quedó por unos momentos mirando el cuerpo inmóvil de su marido, apretando entre sus dedos el ridículo pedazo de carne que había empleado para matarle.

«Bien —se dijo a sí misma—, ya lo has matado.»

Era extraordinario. Ahora lo veía claro. Empezó a pensar con rapidez. Como esposa de un detective, sabía cuál sería el castigo; de acuerdo. A ella le era indiferente. En realidad, sería un descanso. Pero, por otra parte. ¿Y el niño? ¿Qué decía la ley acerca de las asesinas que iban a tener un hijo? ¿Los mataban a los dos, madre e hijo? ¿Esperaban hasta el noveno mes? ¿Qué hacían?

Mary Maloney lo ignoraba y no estaba dispuesta a arriesgarse.

Llevó la carne a la cocina, la puso en el horno, encendió éste y la metió dentro. Luego se lavó las manos y subió a su habitación. Se sentó delante del espejo, arregló su cara, puso un poco de rojo en los labios y polvo en las mejillas. Intentó sonreír, pero le salió una mueca. Lo volvió a intentar.

—Hola, Sam —dijo en voz alta. La voz sonaba rara también—. Quiero patatas, Sam, y también una lata de guisantes.

Eso estaba mejor. La sonrisa y la voz iban mejorando. Lo ensayó varias veces. Luego bajó, cogió el abrigo y salió a la calle por la puerta trasera del jardín.

Todavía no eran las seis y diez y había luz en las tiendas de comestibles.

—Hola, Sam —dijo sonriendo ampliamente al hombre que estaba detrás del mostrador.

—¡Oh, buenas noches, señora Maloney! ¿Cómo está?

—Muy bien, gracias. Quiero patatas, Sam, y una lata de guisantes.

El hombre se volvió de espaldas para alcanzar la lata de guisantes.

—Patrick dijo que estaba cansado y no quería cenar fuera esta noche —le dijo—. Siempre solemos salir los jueves y no tengo verduras en casa.

—¿Quiere carne, señora Maloney?

—No, tengo carne, gracias. Hay en la nevera una pierna de cordero.

—¡Oh!

—No me gusta asarlo cuando está congelado, pero voy a probar esta vez. ¿Usted cree que saldrá bien?

—Personalmente —dijo el tendero—, no creo que haya ninguna diferencia. ¿Quiere estas patatas de Idaho?

—¡Oh, sí, muy bien! Dos de ésas.

—¿Nada más? —El tendero inclinó la cabeza, mirándola con simpatía—. ¿Y para después? ¿Qué le va a dar luego?

—Bueno. ¿Qué me sugiere, Sam?

El hombre echó una mirada a la tienda.

—¿Qué le parece una buena porción de pastel de queso? Sé que le gusta a Patrick.

—Magnífico —dijo ella—, le encanta.

Cuando todo estuvo empaquetado y pagado, sonrió agradablemente y dijo:

—Gracias, Sam. Buenas noches.

Ahora, se decía a sí misma al regresar, iba a reunirse con su marido, que la estaría esperando para cenar; y debía cocinar bien y hacer comida sabrosa porque su marido estaría cansado; y si cuando entrara en la casa encontraba algo raro, trágico o terrible, sería un golpe para ella y se volvería histérica de dolor y de miedo. ¿Es que no lo entienden? Ella no esperaba encontrar nada. Simplemente era la señora Maloney que volvía a casa con las verduras un jueves por la tarde para preparar la cena a su marido.

«Eso es —se dijo a sí misma—, hazlo todo bien y con naturalidad. Si se hacen las cosas de esta manera, no habrá necesidad de fingir.»

Por lo tanto, cuando entró en la cocina por la puerta trasera, iba canturreando una cancioncilla y sonriendo.

—¡Patrick! —llamó—, ¿dónde estás, querido? Puso el paquete sobre la mesa y entró en el cuarto de estar. Cuando le vio en el suelo, con las piernas dobladas y uno de los brazos debajo del cuerpo, fue un verdadero golpe para ella.

Todo su amor y su deseo por él se despertaron en aquel momento. Corrió hacia su cuerpo, se arrodilló a su lado y empezó a llorar amargamente. Fue fácil, no tuvo que fingir.

Unos minutos más tarde, se levantó y fue al teléfono. Sabía el número de la jefatura de Policía, y cuando le contestaron al otro lado del hilo, ella gritó:

—¡Pronto! ¡Vengan en seguida! ¡Patrick ha muerto!

—¿Quién habla?

—La señora Maloney, la señora de Patrick Maloney.

—¿Quiere decir que Patrick Maloney ha muerto?

—Creo que sí —gimió ella—. Está tendido en el suelo y me parece que está muerto.

—Iremos en seguida —dijo el hombre.

El coche vino rápidamente. Mary abrió la puerta a los dos policías. Los reconoció a los dos en seguida —en realidad conocía a casi todos los del distrito— y se echó en los brazos de Jack Nooan, llorando histéricamente. El la llevó con cuidado a una silla y luego fue a reunirse con el otro, que se llamaba O'Malley, el cual estaba arrodillado al lado del cuerpo inmóvil.

—¿Está muerto? —preguntó ella.

—Me temo que sí… ¿qué ha ocurrido?

Brevemente, le contó que había salido a la tienda de comestibles y al volver lo encontró tirado en el suelo. Mientras ella hablaba y lloraba, Nooan descubrió una pequeña herida de sangre cuajada en la cabeza del muerto. Se la mostró a O'Malley y éste, levantándose, fue derecho al teléfono.

Pronto llegaron otros policías. Primero un médico, después dos detectives, a uno de los cuales conocía de nombre. Más tarde, un fotógrafo de la Policía que tomó algunos planos y otro hombre encargado de las huellas dactilares. Se oían cuchicheos por la habitación donde yacía el muerto y los detectives le hicieron muchas preguntas. No obstante, siempre la trataron con amabilidad.

Volvió a contar la historia otra vez, ahora desde el principio. Cuando Patrick llegó ella estaba cosiendo, y él se sintió tan fatigado que no quiso salir a cenar. Dijo que había puesto la carne en el horno —allí estaba, asándose— y se había marchado a la tienda de comestibles a comprar verduras. De vuelta lo había encontrado tendido en el suelo.

—¿A qué tienda ha ido usted? —preguntó uno de los detectives.

Se lo dijo, y entonces el detective se volvió y musitó algo en voz baja al otro detective, que salió inmediatamente a la calle.

«…, parecía normal…, muy contenta…, quería prepararle una buena cena…, guisantes…, pastel de queso…, imposible que ella…»

Transcurrido algún tiempo el fotógrafo y el médico se marcharon y los otros dos hombres entraron y se llevaron el cuerpo en una camilla. Después se fue el hombre de las huellas dactilares. Los dos

detectives y los policías se quedaron. Fueron muy amables con ella; Jack Nooan le preguntó si no se iba a marchar a otro sitio, a casa de su hermana, quizá, o con su mujer, que cuidaría de ella y la acostaría.

—No —dijo ella.

No creía en la posibilidad de que pudiera moverse ni un solo metro en aquel momento. ¿Les importaría mucho que se quedara allí hasta que se encontrase mejor? Todavía estaba bajo los efectos de la impresión sufrida.

—Pero ¿no sería mejor que se acostara un poco? —preguntó Jack Nooan.

—No —dijo ella.

Quería estar donde estaba, en esa silla. Un poco más tarde, cuando se sintiera mejor, se levantaría.

La dejaron mientras deambulaban por la casa, cumpliendo su misión. De vez en cuando uno de los detectives le hacía una pregunta. También Jack Nooan le hablaba cuando pasaba por su lado. Su marido, le dijo, había muerto de un golpe en la cabeza con un instrumento pesado, casi seguro una barra de hierro. Ahora buscaban el arma. El asesino podía habérsela llevado consigo, pero también cabía la posibilidad de que la hubiera tirado o escondido en alguna parte.

—Es la vieja historia —dijo él—, encontraremos el arma y tendremos al criminal.

Más tarde, uno de los detectives entró y se sentó a su lado.

—¿Hay algo en la casa que pueda haber servido como arma homicida? —le preguntó—. ¿Le importaría echar una mirada a ver si falta algo, un atizador, por ejemplo, o un jarrón de metal?

—No tenemos jarrones de metal —dijo ella.

—¿Y un atizador?

—No tenemos atizador, pero puede haber algo parecido en el garaje.

La búsqueda continuó.

Ella sabía que había otros policías rodeando la casa. Fuera, oía sus pisadas en la grava y a veces veía la luz de una linterna infiltrarse por las cortinas de la ventana. Empezaba a hacerse tarde, eran cerca de las nueve en el reloj de la repisa de la chimenea. Los cuatro hombres que buscaban por las habitaciones empezaron a sentirse fatigados.

—Jack —dijo ella cuando el sargento Nooan pasó a su lado—, ¿me quiere servir una bebida?

—Sí, claro. ¿Quiere whisky?

—Sí, por favor, pero poco. Me hará sentir mejor. Le tendió el vaso.

—¿Por qué no se sirve usted otro? —dijo ella—; debe de estar muy cansado; por favor, hágalo, se ha portado muy bien conmigo.

—Bueno —contestó él—, no nos está permitido, pero puedo tomar un trago para seguir trabajando.

Uno a uno, fueron llegando los otros y bebieron whisky. Estaban un poco incómodos por la presencia de ella y trataban de consolarla con inútiles palabras.

El sargento Nooan, que rondaba por la cocina, salió y dijo:

—Oiga, señora Maloney. ¿Sabe que tiene el horno encendido y la carne dentro?

—¡Dios mío! —gritó ella—. ¡Es verdad!

—¿Quiere que vaya a apagarlo?

—¿Sería tan amable, Jack? Muchas gracias.

Cuando el sargento regresó por segunda vez lo miró con sus grandes y profundos ojos.

—Jack Nooan —dijo.

—¿Sí?

—¿Me harán un pequeño favor, usted y los otros?

—Si está en nuestras manos, señora Maloney…

—Bien —dijo ella—. Aquí están ustedes, todos buenos amigos de Patrick, tratando de encontrar al hombre que lo mató. Deben de estar hambrientos porque hace rato que ha pasado la hora de la cena, y sé que Patrick, que en gloria esté, nunca me perdonaría que estuviesen en su casa y no les ofreciera hospitalidad. ¿Por qué no se comen el cordero que está en el horno? Ya estará completamente asado.

—Ni pensarlo —dijo el sargento Nooan.

—Por favor —pidió ella—, por favor, cómanlo. Yo no voy a tocar nada de lo que había en la casa cuando él estaba aquí, pero ustedes sí pueden hacerlo. Me harían un favor si se lo comieran. Luego, pueden continuar su trabajo.

Los policías dudaron un poco, pero tenían hambre y al final decidieron ir a la cocina y cenar. La mujer se quedó dónde estaba, oyéndolos a través de la puerta entreabierta. Hablaban entre sí a pesar de tener la boca llena de comida.

—¿Quieres más, Charlie?

—No, será mejor que no lo acabemos.

—Pero ella quiere que lo acabemos, eso fue lo que dijo. Le hacemos un favor.

—Bueno, dame un poco más.

—Debe de haber sido un instrumento terrible el que han usado para matar al pobre Patrick —decía uno de ellos—, el doctor dijo que tenía el cráneo hecho trizas.

—Por eso debería ser fácil de encontrar.

—Eso es lo que a mí me parece.

—Quienquiera que lo hiciera no iba a llevar una cosa así, tan pesada, más tiempo del necesario. Uno de ellos eructó:

—Mi opinión es que tiene que estar aquí, en la casa.

—Probablemente bajo nuestras propias narices. ¿Qué piensas tú, Jack?

En la otra habitación, Mary Maloney empezó a reírse entre dientes.

Azulejos

WASHINGTON IRVING

El jinete sin cabeza

La leyenda de Sleepy Hollow

TRADUCCIÓN DE CÉSAR AIRA

ILUSTRACIONES DE ENRIQUE FISCHER

Desde 1869
Estrada
apoyando la educación

Escaneado con CamScanner

En el seno de una de esas amplias caletas que recortan la costa oriental del Hudson, en ese extenso tramo del río que los antiguos navegantes holandeses denominaron Tappan Zee, donde siempre tenían la prudencia de amainar velas e implorar la protección de San Nicolás para el cruce, hay un pequeño pueblo mercado, o puerto rural, al que algunos llaman Greensburgh, pero que es conocido más general y correctamente con el nombre de Tarry Town, es decir "Ciudad Sin Apuro"[1]. Nos cuentan que este nombre se lo dieron, en los viejos tiempos, las amas de casa del distrito vecino, inspiradas en la arraigada costumbre de sus maridos a demorarse en la taberna de la aldea los días de mercado. Sea como sea, no puedo dar fe del dato, así que me limito a consignarlo, en aras de la precisión y la autenticidad. No lejos de esta aldea, quizás a unas dos millas[2], hay un pequeño valle, o más bien lengua de tierra entre dos alturas, que es uno de los sitios más tranquilos de todo el mundo. Lo atraviesa un pequeño arroyo, con apenas el murmullo suficiente para inducir a la gente al reposo; y el ocasional silbido de una co-

1 El Hudson es un importante río del este de los Estados Unidos de América que baja desde Canadá y llega hasta la ciudad de Nueva York, donde desemboca en el océano Atlántico. A la altura mencionada en el texto, los navegantes pedían la protección de San Nicolás porque es el patrón de la navegación.

2 La milla se usa, en algunos países, para medir distancias, y equivale a 1609 metros.

© Estrada – El jinete sin cabeza. *La leyenda de Sleepy Hollow.*

Escaneado con CamScanner

dorniz o el martilleo de un pájaro carpintero son casi los únicos sonidos que quiebran la uniforme tranquilidad.

Recuerdo que de chico mi primera hazaña en la caza de ardillas tuvo lugar en el bosque de altos nogales que da sombra a un costado de ese valle. Me había aventurado por él al mediodía, la hora en que callan todas las criaturas de la naturaleza, y me sobresaltó el rugido de mi propia escopeta cuando el disparo quebró el silencio sabático que nos rodeaba, y después se prolongó y reverberó en ecos impacientes. Si alguna vez yo necesitara un sitio de retiro donde poder escapar del mundo y sus distracciones, y dedicar a pacíficas ensoñaciones el resto de una vida ya sin problemas, no sé de nada más prometedor que este pequeño valle.

Por la agreste quietud del lugar, y el carácter peculiar de sus habitantes, todos ellos descendientes de los colonos holandeses originales, este vallecito escondido ha sido conocido desde largo tiempo atrás con el nombre de Sleepy Hollow, es decir el "valle adormecido" y a sus rústicos habitantes se los llama los Sleepy Hollow Boys[3] en toda la región circundante. Un hálito de siesta y sueños parece flotar sobre la tierra, y colorear la atmósfera. Hay quien dice que el sitio fue hechizado por un médico alemán, durante los primeros tiempos del asentamiento; otros, que un viejo jefe indio, profeta o mago de su tribu, tuvo su tienda aquí antes de que la región fuera descubierta por Master Hendrick Hudson. Es cierto que el lugar sigue bajo el embrujo de alguna influencia mágica, que tiene en su poder la mente de la buena gente que lo habita, haciendo que vivan en una continua ensoñación. Son proclives a toda clase de creencias maravillosas; están sujetos a trances y visiones, y con frecuencia ven escenas extrañas y oyen música y voces en el aire. Toda la región abunda en leyendas, sitios habitados por fantas-



3 Los jóvenes del valle adormecido.

Escaneado con CamScanner

mas y supersticiones varias; sobre el valle caen estrellas y meteoritos con más frecuencia que en cualquier otra parte del país, y la pesadilla, con todos sus relatos, parece haber hecho del lugar su escenario favorito.

Pero el espíritu principal que habita este sitio encantado, y parece el Comandante en Jefe de todos los poderes del aire, es un jinete sin cabeza. Algunos dicen que es el fantasma de un soldado cuya cabeza fue arrancada por un cañonazo, en alguna batalla sin nombre durante la Guerra de la Independencia, y desde entonces se lo ve galopar, veloz como el viento, siempre en las tinieblas de la noche. Su campo de acción no se limita al valle, sino que a veces se extiende a caminos adyacentes, y especialmente a la vecindad de una iglesia a no mucha distancia. De hecho, algunos de los más veraces historiadores de estas partes, que se han tomado el trabajo de recopilar y revisar los datos concernientes al espectro, argumentan que el cadáver del soldado fue enterrado en el cementerio de la iglesia, y que es desde ahí de donde el fantasma sale a cabalgar, y va al terreno donde tuvo lugar la batalla, en busca de su cabeza; la velocidad con la que a veces pasa por el valle, como un rayo de medianoche, se debe a que debe regresar al cementerio antes del alba.

Tales son las líneas generales de esta superstición legendaria, que ha dado materia a muchas historias curiosas en esta región tan apta para la fantasía; y el espectro es conocido en todos los hogares del país con el nombre del Jinete sin Cabeza de Sleepy Hollow.

Es notable que la propensión visionaria que he mencionado no se haya limitado a los nativos del valle, sino que haya impregnado en forma inconsciente a todos los que han residido allí

Los habitantes de las colonias norteamericanas lucharon contra los ingleses para conseguir y mantener la independencia, que fue declarada el 4 de julio de 1776. El ejército norteamericano estaba bajo las órdenes de George Washington. El enfrentamiento político se transformó en guerra abierta, hasta que se firmó la paz, en 1783.

© Estrada – El jinete sin cabeza. *La leyenda de Sleepy Hollow.*

Escaneado con CamScanner

por un tiempo. Por racionales y despiertos que fueran antes de entrar a esa región del sueño, puede asegurarse que al poco tiempo de inhalar las influencias hechizantes de su atmósfera empezarán a desarrollar la imaginación, a soñar sueños, a ver apariciones.

Hago el mayor elogio de este sitio pacífico, porque es en pequeños valles retirados como este, de población holandesa, dispersos aquí y allá en el gran Estado de Nueva York, donde la gente y sus costumbres se mantienen inmutables, mientras pasa a su lado el gran torrente de la inmigración y el progreso, que está causando cambios tan incesantes en otras partes de este país inquieto. Son como esos pequeños remansos de agua quieta en los bordes de un arroyo rápido, donde podemos ver algas y burbujas inmóviles, indiferentes a la corriente vecina. Aunque han pasado muchos años desde que me marché de los somnolientos boscajes de Sleepy Hollow, me pregunto si no encontraré todavía los mismos árboles y las mismas familias vegetando en sus protegidos senos.

En este rincón de la naturaleza vivía, en un período remoto de la historia norteamericana, es decir, hace unos treinta años, un digno ciudadano de nombre Ichabod Crane, que habitaba, o, según su propia expresión, "se quedaba", en Sleepy Hollow, con el fin de instruir a los niños de la vecindad. Era nativo de Connecticut, un Estado que provee a la Unión no solo de pioneros para la mente, sino para los bosques, y que envía anualmente sus legiones de leñadores y maestros rurales a las fronteras[4]. El apellido Crane, que significa "cigüeña", tenía cierta aplicación a su persona. Era alto, excesivamente flaco, con hombros estrechos, brazos y piernas largos, manos que colgaban

[4] Se refiere a la Unión de los Estados norteamericanos que fue la base de los Estados Unidos. De los Estados de la zona este, más poblados y modernizados, salían los hombres y las mujeres dispuestos a colonizar las regiones más lejanas y las tierras de frontera.

Escaneado con CamScanner



© **Estrada** – El jinete sin cabeza. *La leyenda de Sleepy Hollow.*

Escaneado con CamScanner

a una milla de las mangas, pies que podrían haber servido de palas de nieve, y toda su estructura a punto de desarmarse. Tenía la cabeza pequeña y achatada arriba, con enormes orejas, grandes ojos verdes vidriosos y una larga nariz en forma de reverencia, lo que le daba el aspecto de una veleta, indicando en qué dirección soplaba el viento, allá en lo alto del cuello delgado como una aguja. Viéndolo caminar a zancadas por el perfil de una colina un día ventoso, con las ropas embolsándose y flameando a su alrededor, uno podría haberlo tomado por el fantasma del hambre descendiendo a la Tierra, o por un espantapájaros escapado de un sembradío.

Su escuela era un edificio bajo de un solo cuarto, una tosca construcción de troncos, con las ventanas en parte cerradas con vidrio, en parte remendadas con hojas de viejos cuadernos. En las horas en que quedaba vacía, se la aseguraba con el ingenioso recurso de atar un junco al picaporte, y poner estacas en los postigos de las ventanas por el lado de afuera; de modo que aunque un ladrón pudiera entrar con perfecta facilidad, quizás encontraría algún problema para salir —idea probablemente tomada por el arquitecto, Yost Van Houten, del uso de una red para pescar anguilas—. El emplazamiento de la escuela era un tanto apartado, pero agradable, justo al pie de una colina boscosa, con un formidable abedul que le daba sombra y un arroyo corriendo cerca. El murmullo bajo de las voces de los alumnos, repitiendo a coro sus lecciones, podía oírse en los pesados días de verano como el zumbido de una colmena; lo interrumpía de vez en cuando la voz autorizada del maestro, en tono de amenaza u orden; y también, ocasionalmente, el sonido temible que emitía el azote cuando apuraba a algún retrasado por el sendero florido del saber. Sea dicha la verdad, el maestro era un hombre consciente de sus deberes, y siempre tenía presente la máxima de oro: "Ahorra azotes y malograrás al chico". Los alumnos de Ichabod Crane no corrían peligro de echarse a perder.

Escaneado con CamScanner

Pero esto no quiere decir que fuera uno de esos crueles tiranos de escuela que gozan con el dolor de sus súbditos; por el contrario, administraba justicia con discriminación más que con severidad, alivianando la carga de los hombros del débil para aumentar la que soportaba el fuerte. El niño que lloraba al mero contacto de la vara recibía un tratamiento de indulgencia; pero los reclamos de la justicia se satisfacían infligiendo doble porción a algún pequeño delincuente holandés obstinado y malhablado, que apretaba los dientes y levantaba la cabeza con soberbia en el castigo. A esto el maestro lo llamaba "hacer su deber en nombre de los padres"; y nunca propinaba un castigo sin agregarle la aseveración, tan consolatoria para el niño, de que "lo recordaría y se lo agradecería durante el resto de su vida".

Cuando terminaba la jornada escolar, se volvía compañero de juegos de los chicos más grandes; y en las tardes de los días feriados sacaba de paseo a algunos de los más pequeños, que casualmente tenían bonitas hermanas, o madres buenas cocineras, o casas afamadas por lo bien provisto de sus despensas. De hecho, le convenía mantenerse en buenos términos con sus alumnos. Los ingresos provenientes de la escuela eran magros, y apenas le habrían bastado para proveerlo del pan cotidiano, porque era de buen diente, y, aunque delgado, tenía los poderes de dilatación de una anaconda; pero para ayudar a su mantenimiento era, de acuerdo con la costumbre de aquellas regiones, alojado y alimentado en las casas de los granjeros a cuyos hijos instruía. Con estos vivía sucesivamente en turnos de una semana, haciendo la ronda del vecindario, y en las mudanzas llevaba todas sus posesiones terrenales atadas en un pañuelo de algodón.

Para que todo esto no resultara demasiado costoso para los bolsillos de su rústica clientela, que tiende a considerar una pe-

En la época en la cual se ambienta el relato, hace casi doscientos años, los métodos educativos eran muy distintos de los actuales; por eso la mención de ciertos castigos empleados por el maestro en la escuela.

© Estrada – El jinete sin cabeza. *La leyenda de Sleepy Hollow.*

Escaneado con CamScanner

sada carga los gastos de escolaridad y a los maestros como meros zánganos, tenía diversos modos de volverse tanto útil como agradable. Colaboraba ocasionalmente con los granjeros en las tareas más livianas de sus establecimientos, ayudaba a enfardar heno, arreglaba cercas, llevaba los caballos a beber, recogía las vacas de sus pasturas, y cortaba leña para el fuego del invierno. Dejaba de lado, asimismo, toda la dominante dignidad y estilo absolutista con que regía en su pequeño imperio, la escuela, y se volvía maravillosamente cortés y accesible. Se ganaba la simpatía de las madres atendiendo a los niños, en especial a los más chicos; y como el león sanguinario, con quien antaño tan a gusto se sentía el cordero, se sentaba con un chico en las rodillas, y lo acunaba y hacía cabalgar moviendo el pie durante horas.

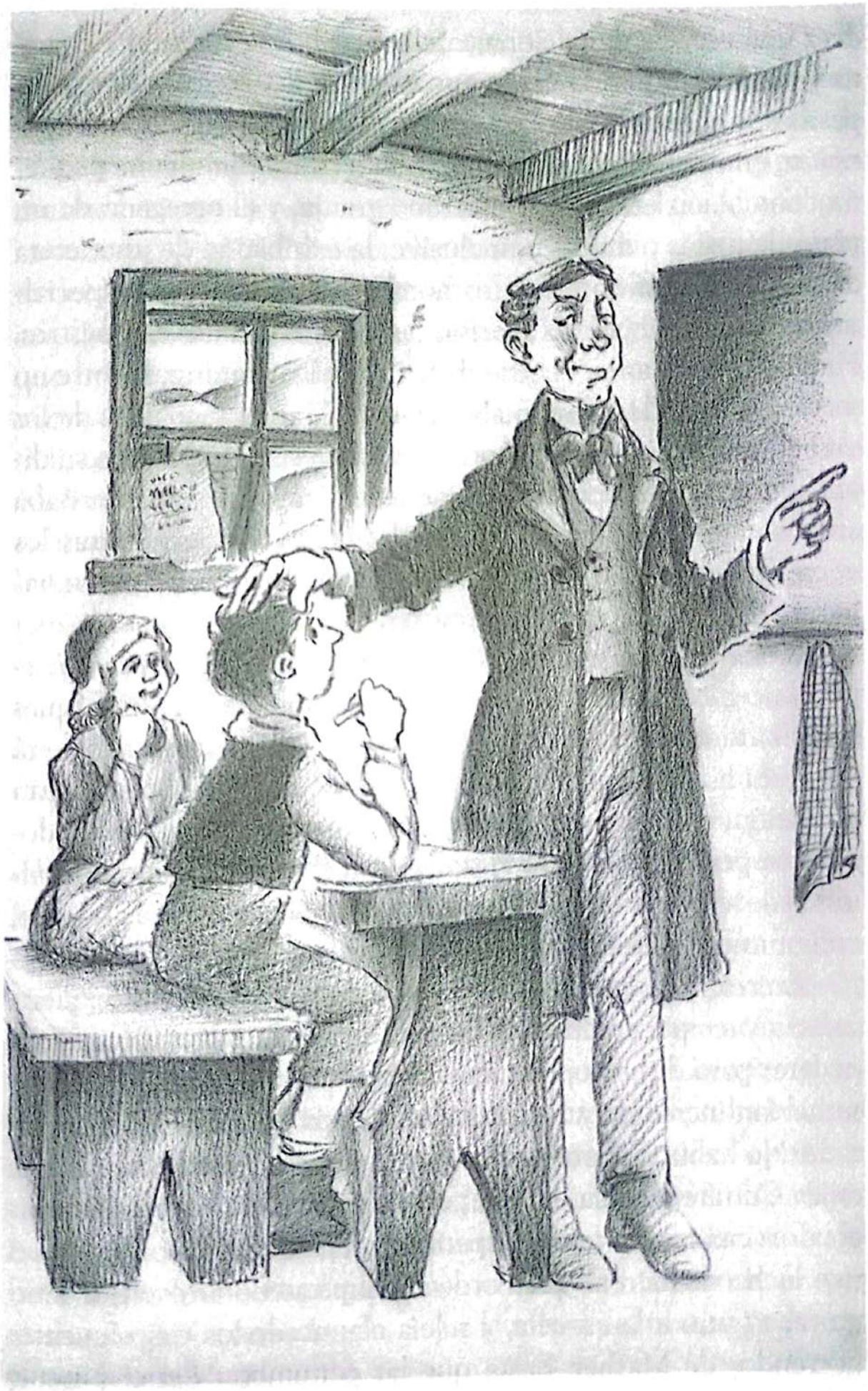
Sumadas a sus otras vocaciones, era el maestro de canto de la comunidad, y recogía muchos brillantes chelines[5], instruyendo a la juventud en la armonía de la voz. No le causaba poca vanidad, los domingos, tomar su lugar frente a la galería de la iglesia, con un grupo de cantantes escogidos; donde, según su propio juicio, se ganaba absolutamente las palmas del párroco. Es cierto que su voz resonaba muy por encima de la de todo el resto de la congregación; hay unos gorjeos peculiares que todavía pueden oírse en aquella iglesia, y que inclusive pueden oírse a media milla de distancia, desde el lado opuesto del estanque del molino, en una mañana calma de domingo, de los que se dice que son legítima descendencia de la nariz de Ichabod Crane. Así, mediante diversas pequeñas maniobras, con ingenio, el digno pedagogo la pasaba tolerablemente bien, y todos los que no entendían nada de la labor intelectual pensaban que tenía una vida maravillosamente fácil.

El maestro es, en general, un hombre de alguna importancia en el círculo femenino de una comunidad rural: se lo consi-



5 Moneda inglesa de poco valor.

Escaneado con CamScanner



© Estrada – El jinete sin cabeza. *La leyenda de Sleepy Hollow.*

Escaneado con CamScanner

dera una especie de personaje ocioso, de clase superior, de gusto y modales inmensamente superiores a los de los rudos campesinos, y apenas inferior en instrucción a los párrocos. Su aparición, en consecuencia, puede llegar a ocasionar alguna pequeña conmoción en la cocina de una granja, y el agregado de un plato de tortas o dulces o, inclusive, la exhibición de una tetera de plata. De ahí que nuestro hombre de letras fuera especialmente agraciado por las sonrisas de todas las damas campestres. Hablaba con ellas en el atrio de la iglesia los domingos, entre un servicio y otro; les obsequiaba racimos de uvas recogidos de los viñedos salvajes que trepaban a los árboles; recitaba para su diversión todos los epitafios de las sepulturas; o las acompañaba en sus caminatas por las riberas del lago vecino, mientras los vergonzosos patanes lugareños se quedaban atrás y le envidiaban su elegancia y desenvoltura superiores.

Además, gracias a su vida a medias itinerante, era una especie de gaceta viajera, y transportaba toda la carga de chismes locales de casa en casa, con lo que su presencia siempre era bienvenida. Las mujeres lo estimaban como hombre de gran erudición, porque había leído varios libros de cabo a rabo, y dominaba perfectamente la *Historia de la Brujería en Nueva Inglaterra*, de Cotton Mather, texto en el cual, dicho sea de paso, creía firme y vigorosamente.

En realidad, este hombre era una curiosa mezcla de pequeña astucia y simple credulidad. Su apetito por lo maravilloso, y sus poderes para digerirlo, eran igualmente extraordinarios; y ambos se habían incrementado con su residencia en esta región hechizada. No había cuento tan absurdo o monstruoso que no pudiera creer. Con frecuencia, una vez que sus discípulos se habían marchado a casa por la tarde, se permitía el placer de recostarse en el rico lecho de hierbas que bordeaba el pequeño arroyo que murmuraba junto a la escuela, y releía alguno de los viejos cuentos horrendos de Mather, hasta que las penumbras del crepúsculo

Escaneado con CamScanner

volvían la página impresa una mera niebla ante sus ojos. Después, cuando se encaminaba a través de pantanos y arroyos y temibles bosques a la granja donde estaba alojado, cada sonido de la naturaleza, en esa hora de brujas, estremecía su imaginación excitada: el gemido de los pájaros nocturnos en la ladera, el grito siniestro del sapo, anunciador de la tormenta, el llamado triste del búho, el roce súbito de alas de pájaros asustados que ascendían desde sus nidos por el follaje. También las luciérnagas, que brillaban más en los sitios más oscuros, lo sobresaltaban a veces, cuando una de brillo especial cruzaba su camino; y si, por azar, uno de esos estúpidos grandes escarabajos voladores, en la confusión de su vuelo, iba a chocar contra él, se creía a punto de morir, pensando que lo había tocado la varita mágica de una bruja. Su único recurso en tales ocasiones, ya para acallar el pensamiento o para expulsar a los malos espíritus, era cantar salmos, y las buenas gentes de Sleepy Hollow, sentadas a la puerta de sus casas por la noche, solían sorprenderse al escuchar las melódicas alabanzas al Señor, en su entonación nasal, flotando desde la colina lejana o desde la carretera polvorienta.

Otra de sus fuentes de trémulo placer eran las largas veladas de invierno en compañía de viejas señoras holandesas que hilaban la rueca junto al fuego, con una hilera de manzanas tostándose y crujiendo en la chimenea, escuchando sus maravillosos cuentos de fantasmas y duendes, y campos encantados, y arroyos encantados, y puentes encantados, y casas encantadas, y especialmente del jinete sin cabeza, el Soldado Galopante del Valle, como lo llamaban a veces. Él a su vez las deleitaba con sus anécdotas de brujería, y las escalofriantes maldiciones y portentosas visiones y sonidos en el aire, que prevalecían en los viejos tiempos de Connecticut; y las asustaba con especulaciones sobre cometas y estrellas fugaces; y con el hecho alarmante de que el mundo giraba en redondo, y que la mitad del tiempo todos estaban cabeza abajo.

© Estrada – El jinete sin cabeza. *La leyenda de Sleepy Hollow.*

Escaneado con CamScanner

Pero si había placer en todo esto, cómodamente abrigado en el rincón junto a la chimenea en un cuarto inundado por el resplandor rojizo de un buen fuego de leña, y donde, por supuesto, ningún espectro se atrevería jamás a mostrar la cara, lo pagaba caro con los terrores de su subsiguiente regreso a casa. No había forma o sombra amenazante que no le saliera al paso, en el resplandor tenebroso y fantasmal de una noche de nieve. ¡Con qué mirada ansiosa vigilaba cada hilo de luz que recorría los campos sin cultivo, desde alguna ventana distante! ¡Cuántas veces lo paralizó algún arbusto cubierto de nieve que, como un espectro ensabanado, se alzaba justo frente a él! ¡Cuántas veces sintió que se le helaba la sangre en las venas al sonido de sus propios pasos en la escarcha, y temió mirar por sobre el hombro, por miedo a ver una criatura extraña caminando tras él! ¡Y cuántas veces una ráfaga de viento soplando entre los árboles llevó su terror más allá de sus fuerzas, por la posibilidad de que esta fuera una de las noches de correrías del Soldado Galopante!

Pero todos estos eran meros terrores nocturnos, fantasmas de la mente que se extravía en la oscuridad; y aunque había visto muchos espectros en su época, y más de una vez había sido acosado por Satán en diversas formas, en sus solitarias caminatas, la luz del día ponía fin a todos estos males; y habría tenido una vida agradable, pese al Demonio y todos sus empeños, si en su camino no se hubiera cruzado un ser que causa más perplejidad a los mortales que los fantasmas, los duendes, y toda la raza de brujas junta, es decir... una mujer.

Entre los discípulos musicales que se reunían una noche por semana, para recibir sus instrucciones, estaba Katrina Van Tassel, hija única y heredera de un rico granjero holandés. Era una floreciente muchacha de dieciocho años recién cumplidos; rolliza como una perdiz; jugosa y rosada como uno de los duraznos que cultivaba su padre, y universalmente elogiada no solo por su belleza, sino por su potencial riqueza. Tenía, además, algo de

Escaneado con CamScanner

coqueta, como podía verse en su vestido, que era una mezcla de modas antiguas y modernas, según le conviniera a sus encantos. Llevaba unos pendientes de puro oro amarillo que su tatarabuela había traído del Saar, un tentador corpiño de otros tiempos y una falda provocativamente corta, para exhibir el pie y el tobillo más bonitos de toda la región.

Ichabod Crane tenía un corazón tierno y atolondrado; y a nadie puede sorprender que un bocado tan tentador se hiciera notar a sus ojos, especialmente después de haberla visitado en su mansión paterna. El viejo Baltus Van Tassel era el retrato perfecto de un granjero próspero, satisfecho y de espíritu liberal. Es cierto que muy rara vez ponía los ojos o los pensamientos más allá de los límites de su propia granja; pero dentro de estos límites todo estaba en su lugar, y el conjunto era tan dichoso como acogedor. Su riqueza lo satisfacía, pero no lo envanecía; y más le importaba la generosa abundancia en la que vivía que la elegancia. La casa estaba situada en las riberas del Hudson, en uno de esos rincones verdes, abrigados y fértiles en los que tanto les gusta anidar a los granjeros holandeses. Un gran olmo extendía sus anchas ramas por encima; a sus pies burbujeaba un manantial del agua más suave y dulce, en un pequeño pozo formado con un barril, y después se perdía entre la hierba, hacia un arroyo vecino, que murmuraba entre alisos y mimbres enanos. Cerca de la casa había un vasto granero, que podría haber servido como iglesia; parecía como si fuera a reventar de tan lleno que estaba con los tesoros de la granja; adentro, se oía el resonar de la desgranadora de la mañana a la noche; las golondrinas revoloteaban gorjeando por los aleros; e hileras de palomas, algunas con los ojos alzados como si vigilaran el clima, algunas con las cabezas bajo las alas o hundidas en los pechos, y otras hinchándose, y arrullando, y cabeceando hacia sus damas, disfrutaban del sol en el techo. Lustrosos y rollizos puercos gruñían en el reposo y abundancia de sus chiqueros, del que asomaban de vez

© Estrada – El jinete sin cabeza. *La leyenda de Sleepy Hollow.*

Escaneado con CamScanner

en cuando las trompas de cerditos mamones que parecían querer oler el aire. Un majestuoso escuadrón de gansos níveos nadaba en un estanque vecino, junto a flotas enteras de patos; regimientos de pavos soltaban sus gritos por todo el corral, y gallinas de Guinea daban vueltas, como amas de casa malhumoradas, con sus cacareos descontentos. Delante de la puerta del granero se contoneaba el gallo galante, ese modelo de marido, guerrero y caballero, sacudiendo las alas coloridas y cacareando en el orgullo y dicha de su corazón; a veces, rasguñando la tierra con las patas y, después, llamando generosamente a su siempre hambrienta familia para disfrutar del rico bocado que había descubierto.

Al pedagogo se le hacía agua la boca cuando contemplaba esta suntuosa promesa de inviernos de buen comer. En la visión devorante de su mente se imaginaba a cada cerdo asado corriendo con relleno de papas en el vientre y una manzana en la boca; las palomas eran recostadas en un cómodo pastel, y arropadas con una cubierta de masa hojaldrada; los gansos nadaban en su propia salsa; y los patos formaban de a dos en los platos, como amantes parejas conyugales, con una decente cobertura de salsa de cebolla. En los grandes marranos veía talladas las futuras fetas de tocino y de crocante jamón frito; a los pavos los veía elegantemente dispuestos sobre una bandeja, con la mollaja bajo el ala y quizás un collar de sabrosas salchichas; y hasta al orgulloso gallo lo veía tendido de espaldas, en un plato, con las garras levantadas, como si pidiera esa moneda que su espíritu caballeresco desdeñó pedir mientras vivía.

Mientras el cautivado Ichabod se imaginaba todo esto, y mientras dejaba correr la mirada de sus grandes ojos verdes por los herbosos prados de pastoreo, los ricos campos de trigo, de cebada, de alforfón y de maíz, y los frutales cargados, que rodeaban la cálida morada de Van Tassel, su corazón se estremecía por la damisela que heredaría estos dominios, y su imaginación

Escaneado con CamScanner

se expandía con la idea de lo fácil que sería transformar eso en dinero, y el dinero invertirlo en inmensas extensiones de tierra salvaje, y palacios con tejados en el desierto. Más que eso, su laboriosa fantasía ya realizaba sus esperanzas y le presentaba a la floreciente Katrina, con toda una familia de niños, montados encima de una carreta cargada con enseres domésticos, con ollas y pavas colgando atrás; y él se veía montado en una yegua de paso tranquilo, con un potrillo a la zaga, emprendiendo camino a Kentucky, Tennessee... ¡o solo Dios sabría adónde![6]

Cuando atravesó el umbral, la conquista de su corazón se completó. Era una de esas casas rurales espaciosas, con techos altos en pendiente suave, construidas en el estilo transmitido desde los primeros colonos holandeses; los bajos aleros protectores formaban una galería a lo largo del frente, que podía cerrarse cuando el clima era malo. De los aleros colgaban herramientas, arneses, distintos utensilios domésticos, y redes para pescar en el río cercano. Para usar en verano había largos bancos de madera fijados a las paredes; en un extremo, una gran rueca, y una mantequera en el otro, mostraban los distintos usos que se le podía dar a esta importante galería. De ahí, el maravillado Ichabod entró al vestíbulo, que formaba el centro de la mansión, y el lugar de residencia habitual. Lo deslumbró una colección de resplandecientes cacharros de peltre[7], alineados sobre un largo aparador. En un rincón había un enorme saco de lana, lista para ser hilada; en otro, una cantidad de paño recién salido del telar; mazorcas de maíz y sartas de manzanas y duraznos secos colgaban en alegres guirnaldas de las paredes, intercaladas con el rojo chillón de los pimientos; y una puerta entorna-

6 Kentucky y Tennessee son dos Estados ubicados en el centro de los Estados Unidos. En la época en que transcurre la historia, se consideraba que eran regiones lejanas y de difícil acceso.

7 Aleación de metales (cinc, plomo y estaño), utilizada antiguamente para realizar objetos domésticos.

© Estrada – El jinete sin cabeza. *La leyenda de Sleepy Hollow.*

Escaneado con CamScanner

da permitía una visión del salón principal, donde sillas con patas en forma de garras y mesas de caoba oscura brillaban como espejos; un caballete de bronce, con sus palas y tenazas, refulgían en el hogar; el estante de la chimenea estaba adornado con falsas naranjas y conchas marinas; sartas de huevos multicolores colgaban por encima; un gran huevo de avestruz estaba suspendido en el centro del cuarto, y un aparador de rincón, astutamente entreabierto, desplegaba inmensos tesoros de plata vieja y porcelana bien remendada.

Desde el momento en que Ichabod puso los ojos sobre estas regiones de deleite, se terminó la paz de su espíritu, y su única preocupación fue cómo ganarse el afecto de la impagable hija de Van Tassel. Pero en esta empresa encontró más dificultades reales de las que debía enfrentar antaño el caballero errante, que por lo general no debía combatir más que con gigantes, hechiceros, dragones feroces y otros adversarios igualmente fáciles, y apenas si tenía que abrirse paso a través de rejas de hierro y bronce y muros de piedra del castillo donde estaba confinada la dama de su corazón; todo lo cual se lograba con tanta facilidad como se puede cortar hasta el centro un pastel; y después de eso, la dama le concedía su mano como algo ya resuelto. Ichabod, por el contrario, tenía que abrirse camino hasta el corazón de una coqueta de campo, a través de un laberinto de antojos y caprichos, que se renovaban continuamente como otros tantos obstáculos; y tenía que hacer frente a un ejército de temibles adversarios de carne y hueso, los numerosos admiradores rústicos que asediaban cada entrada del corazón de la bella, manteniendo una rencorosa vigilancia entre ellos, pero dispuestos a unirse en la causa común contra cualquier competidor nuevo.

Entre estos, el más formidable era un corpulento y tonante valentón de nombre Abraham o, de acuerdo con la abreviatura holandesa, Brom Van Brunt, el héroe de las historias locales que resonaban con sus hazañas de fuerza y resistencia. Era de hom-

Escaneado con CamScanner

bros anchos y nudosas articulaciones, con pelo negro rizado cortado muy corto y un rostro tosco, pero no desagradable, en el que campeaba una mezcla de buen humor y arrogancia. Por su cuerpo hercúleo y el gran vigor de sus miembros había recibido el apodo de Brom Bones ("Brom Huesos"), por el que era universalmente conocido. Tenía fama de gran conocedor de caballos, y era tan buen jinete como un tártaro. Nadie lo aventajaba en carreras y riñas de gallos; y, en virtud del prestigio que siempre acompaña al vigor físico en la vida rural, era el árbitro de todas las disputas, ocasiones en que se echaba de lado el sombrero y emitía sus veredictos con un aire y tono que no admitían quejas ni reclamos. Siempre estaba dispuesto para una pelea o una fiesta; en su conducta había más alboroto que maldad; y por debajo de su imponente rudeza, corría un vigoroso torrente de humorismo infantil. Tenía tres o cuatro camaradas favoritos, que lo consideraban su modelo, y al frente de los cuales recorría la región asistiendo a todas las peleas o fiestas que sucedieran a muchas millas a la redonda. En invierno se lo distinguía por su capote de piel, coronado por una larga cola de zorro; y cuando los presentes en una reunión de vecinos divisaban este reconocible ornamento a la distancia, sacudiéndose entre un grupo de jinetes lanzados a toda velocidad, se preparaban para una ruidosa diversión. A veces, su banda podía oírse en una estampida de medianoche entre las granjas, con muchos gritos y risas, como una tropa de cosacos del Don[8]; y las señoras mayores, que se despertaban sobresaltadas, escuchaban por un momento hasta que el estrépito se alejaba, y se decían: "Allí va Brom Bones con sus amigos". Los lugareños lo contemplaban con una mezcla de temor, admiración y afecto; y cuando se enteraban de alguna pelea o broma pesada en las inmediaciones, sacudían la cabeza y sabían de antemano que Brom Bones había tenido algo que ver.



8 Soldados de origen ruso que se establecieron en las orillas del río Don.

© Estrada – El jinete sin cabeza. *La leyenda de Sleepy Hollow.*

Escaneado con CamScanner

Este desaliñado héroe desde hacía un tiempo había elegido a Katrina como objeto de sus rudas galanterías, y aunque sus gestos de amor tenían algo de las muestras de afecto de un oso, se susurraba que ella no desalentaba del todo sus esperanzas. Lo cierto es que sus avances fueron señales que indicaron a los candidatos rivales que les convenía retirarse de la competencia, pues nadie siente inclinación a interponerse entre un león y el objeto de sus amores; y cuando, un domingo a la noche, se vio su caballo atado a la cerca de Van Tassel, signo indudable de que su jinete estaba cortejando, o, como se decía, "galanteando", adentro, todos los otros pretendientes siguieron de largo, sin hacerse más esperanzas, y llevaron sus ardores a otros sitios.

Tal era el formidable rival con el que Ichabod Crane tenía que competir, y tomando en cuenta todas las circunstancias, un hombre más fornido que él se habría amilanado, y un hombre más prudente habría desesperado. Pero él tenía una feliz mezcla de adaptabilidad y perseverancia en su carácter; era en forma y espíritu como un muñeco tentempié; aunque se doblaba, nunca se quebraba; y aunque se inclinaba a la menor presión, en el momento mismo en que lo soltaban... ¡arriba!, estaba tan erguido, y llevaba la cabeza tan altiva, como siempre.

Iniciar una campaña abierta contra su rival habría sido una locura; pues Brom Bones no era un hombre que soportara que se lo contrariara en sus impulsos del corazón, como no lo fue aquel otro amante tormentoso, Aquiles[9]. Pero Ichabod hizo sus avances de un modo callado e insinuante. Con la excusa de su función de maestro de canto, hizo frecuentes visitas a la granja; y no tenía nada que temer de la molesta interferencia de los padres, que con tanta frecuencia es una valla en el camino de los

9 Héroe de la mitología griega que participó en la Guerra de Troya. El narrador se refiere a la cólera que le hizo abandonar momentáneamente la lucha, cuando perdió a una de sus conquistas amorosas por las pretensiones de otro hombre.

Escaneado con CamScanner

enamorados. Balt Van Tassel era un alma indulgente; quería a su hija más que a su pipa, y, como hombre razonable y padre ejemplar, le daba el gusto en todo. Su excelente esposa, por su parte, tenía bastante quehacer con la administración de la casa y del corral; pues, como sabiamente observaba, patos y gansos son seres tontos, y hay que vigilarlos de cerca, pero las chicas pueden vigilarse a sí mismas. Así, mientras la atareada señora se afanaba en la casa, o hacía girar la rueca en un extremo de la galería, el honesto Balt se sentaba a fumar su pipa de la tarde en el otro extremo, observando los logros de un pequeño guerrero[10] de madera que, armado con una espada en cada mano, luchaba valientemente contra el viento en lo alto del granero. Mientras tanto, Ichabod llevaba adelante sus negocios con la hija al lado de la fuente, bajo el gran olmo, o dando una caminata en el crepúsculo, esa hora tan favorable a la elocuencia del amante.

Confieso no saber cómo se hechiza y se gana el corazón de las mujeres. Para mí han sido siempre materia de intriga y admiración. Algunas parecen tener un solo punto vulnerable, o puerta de acceso; mientras que otras tienen mil avenidas, y pueden ser capturadas de mil modos diferentes. Es un gran triunfo de la habilidad ganar a las primeras, pero una prueba mayor aún de estrategia es mantener el dominio de las segundas, porque hay que combatir por la posesión en cada puerta y ventana. El que gana mil corazones corrientes tiene derecho a cierto renombre; pero el que mantiene su poder indiscutido sobre el corazón de una coqueta, es realmente un héroe. Por cierto que este no era el caso del temible Brom Bones; y desde el momento en que Ichabod Crane hizo sus avances, las acciones del primero evidentemente declinaron; su caballo ya no fue más visto

© Estrada – El jinete sin cabeza. *La leyenda de Sleepy Hollow*

10 Se refiere a la veleta, en este caso con la forma de un guerrero, que se encuentra en el techo de algunas casas.

Escaneado con CamScanner

atado a la cerca los domingos a la noche, y empezó a crecer gradualmente una enemistad mortal entre él y el maestro de Sleepy Hollow.

Brom, que tenía una dosis de ruda caballerosidad en su carácter, hubiera preferido llevar las cosas a un estado de guerra declarada, y dejar claras sus respectivas intenciones para con la dama según el sencillo estilo de los caballeros andantes de antaño, es decir, mediante un combate individual; pero Ichabod era demasiado consciente del poder superior de su adversario para entrar en lucha con él; había oído una jactancia de Bones, según la cual "doblaría al maestro y lo metería en un estante de su propia escuela"; y era demasiado prudente para darle la oportunidad de hacerlo. Había algo irritante en esta obstinada actitud pacifista para Brom, quien no tuvo más alternativa que recurrir a su rústico sentido del humor. Ichabod se volvió objeto de una seguidilla de bromas pesadas a cargo de Bones y su banda. Invadieron sus dominios antes tan serenos, ahumaron su aula de canto tapando la chimenea, se metieron en la escuela a la noche, pese a sus formidables defensas de juncos y estacas de madera, y pusieron todo cabeza abajo, al punto que el pobre maestro empezó a pensar que todas las brujas de la región hacían sus reuniones allí. Pero lo más molesto fue que Brom no dejó pasar oportunidad de ponerlo en ridículo en presencia de su amada, y adiestró a un perro a gemir de la manera más graciosa, y se lo llevó a Ichabod para que le diera clases de canto.

Las cosas siguieron así por un tiempo, sin producir ningún efecto material sobre la situación de las potencias enfrentadas. Una hermosa tarde de otoño, Ichabod, de humor pensativo, estaba sentado en el alto taburete desde el cual vigilaba usualmente todos los procesos de su pequeño reino del saber. En la mano tenía la palmeta, ese cetro de poder despótico; la vara de la justicia reposaba sobre tres clavos detrás del trono, una constante visión de terror para los "delincuentes"; y en el escritorio

frente a él podían verse diversos artículos de contrabando y armas prohibidas detectadas sobre las personas de sus alumnos, tales como manzanas a medio comer, pistolas de juguete, perinolas, atrapamoscas y legiones de pequeños gallos de riña de papel en actitud rampante. Al parecer había habido un severo acto de justicia muy reciente, porque sus alumnos estaban todos intensamente concentrados en sus libros, o susurrando entre ellos con un ojo en el maestro; en el aula reinaba una especie de zumbante silencio. Fue súbitamente interrumpido por la aparición de un negro con chaqueta y pantalón de remiendos, un fragmento de sombrero redondo, como la gorra de Mercurio[11], y montado al lomo de un potro hirsuto, salvaje, a medio domar, que maniobraba con una cuerda a modo de riendas. Vino haciendo ruido de cascos hasta la puerta misma, con una invitación para Ichabod a asistir a una fiesta o reunión con señoras que se realizaría esa noche en casa del caballero Van Tassel; y una vez que hubo transmitido el mensaje, con ese aire de importancia y ese vocabulario escogido propios de quien lleva mensajes de este tipo, partió a la carrera saltando sobre el arroyo, y pudo vérselo subir por las laderas, pomposamente impuesto de la urgencia de su misión.

A partir de ese momento, el resto de la jornada escolar transcurrió en medio del apuro y la nerviosidad. Los alumnos debieron completar de prisa sus lecciones sin detenerse en detalles; los más ágiles lograron saltearse impunemente la mitad, y los lentos recibían una impaciente palmada de vez en cuando en el trasero para apurar su marcha, o bien se los ayudaba en una palabra difícil. Los libros fueron hechos a un lado sin depositarlos en sus estantes, los tinteros se volcaron, los bancos se apilaron, y toda la escuela se vació una hora antes de lo usual, estallando en una legión de jóvenes demonios que gritaban y co-

11 Dios de la mitología romana asociado al comercio y a los viajes. A veces, se lo representa con un casco o gorro en la cabeza.

© Estrada – *El jinete sin cabeza. La leyenda de Sleepy Hollow.*

Escaneado con CamScanner

rrían por la hierba festejando su liberación anticipada.

El galante Ichabod pasó al menos una media hora extra en su acicalamiento, cepillando su mejor, y en realidad único, traje de un negro arratonado, y peinando sus rizos ante un trozo de espejo roto que colgaba de la pared de la escuela. Para poder hacer su aparición ante su amada en el genuino estilo de un caballero, pidió prestado un caballo al granjero con el que estaba alojándose, un colérico holandés viejo de nombre Hans Van Ripper, y así montado partió como un caballero andante en busca de aventuras. Pero aquí conviene que yo, en el genuino espíritu de la historia romántica, haga una descripción del porte y atavío de mi héroe y su corcel. El animal que montaba era un caballo de arado, muy manso, que había sobrevivido a todo menos a su maldad. Era flaco y con los pelos parados, pescuezo de oveja y cabeza en forma de martillo; su crin y cola rojizas estaban enredadas y anudadas con abrojos; un ojo había perdido la pupila, y era fijo y espectral, pero el otro tenía un resplandor de maldad auténtica. Aun así, en su época debió de tener fuego y temple, si podemos juzgar por su nombre, que era Pólvora. De hecho, había sido un corcel favorito de su amo, el colérico Van Ripper, un jinete furioso que le había imbuido, muy probablemente, algo de su propio espíritu al animal; pues, viejo y achacoso como se lo veía, había más de demonio latente en él que en cualquier joven potranca de la región.

Ichabod era el digno jinete de ese caballo. Montaba con estribos cortos, lo que llevaba sus rodillas casi a la altura del extremo de la silla; los codos agudos iban hacia atrás como los de una langosta; llevaba la fusta perpendicular en la mano, como un cetro, y cuando su caballo trotaba, el movimiento de sus brazos no era muy diferente del batir de un par de alas. En la parte superior de su nariz, pues no era otra cosa su escasa franja de frente, se apoyaba un pequeño sombrero de lana, y los faldones de su chaqueta negra se sacudían casi como la cola del caballo.

Escaneado con CamScanner

Tal era el aspecto de Ichabod y su corcel cuando dejaron atrás la verja de Hans Van Ripper, y se trataba de una aparición de las que rara vez pueden encontrarse a la luz del día.

Era, como dije, un hermoso día de otoño; el cielo estaba claro y sereno, y la naturaleza llevaba ese traje dorado que siempre asociamos con la idea de la abundancia. Los bosques se habían revestido de sus más sobrios pardos y amarillos, mientras que algunos árboles de los más tiernos habían tomado bajo las heladas brillantes matices del anaranjado, el morado y el rojo escarlata. Bandadas de patos salvajes empezaban a hacer su aparición en el aire, muy alto; el gruñido de la ardilla podía oírse desde las espesuras de hayas y nogales, y el silbido melancólico de la codorniz emergía a intervalos del campo vecino.

Los pequeños pájaros se estaban dando sus banquetes de despedida. En la hartura de sus festines, revoloteaban con gorjeos de arbusto en arbusto y de árbol en árbol, caprichosos por la abundancia y variedad que los rodeaba. Estaba el honesto petirrojo, presa favorita de los niños cazadores, con su fuerte nota quejosa; y los ruidosos mirlos que volaban en nubes negras, y el pájaro carpintero de alas doradas con su cresta carmesí, su ancha gorguera negra y espléndido plumaje; y el pájaro del cedro con sus alas de puntas rojas y cola de punta amarilla y su capita española de plumas; y el grajo de copete, ese petimetre ruidoso, con su alegre trajecito azul y ropa interior blanca, gritando y charlando, asintiendo y negando y llamando y simulando estar en buenos términos con todos los cantores del bosque.

Durante su lento trote, Ichabod, con la mirada siempre atenta a todo síntoma de abundancia culinaria, registraba con deleite los tesoros del otoño fecundo. Por todos lados contemplaba vastas reservas de manzanas: algunas colgando en opresiva opulencia de los árboles; algunas colmando cestas y barriles para el mercado; otras, en prometedoras pilas, destinadas a la elaboración de sidra. Más allá veía extensos campos de maíz,

© Estrada – *El jinete sin cabeza. La leyenda de Sleepy Hollow.*

Escaneado con CamScanner

con sus mazorcas doradas espiando de entre sus sábanas de hoja, y anticipando pasteles y budines; y los zapallos amarillos tendidos a sus pies, mostrándole al sol sus vientres redondos y dando extensas perspectivas del más lujoso de los pasteles; y aquí pasaba por fragantes campos de alforfón[12], olorosos a colmena, y su mente se anticipaba a crujientes tostadas, bien enmantecadas y cubiertas de miel o melaza, en la mano delicadamente modelada de Katrina Van Tassel.

Alimentando de este modo su mente con muchos dulces pensamientos y "azucaradas suposiciones", hizo el trayecto bordeando una cadena de lomas que dominaban uno de los más bellos paisajes del poderoso Hudson. El Sol movía gradualmente su gran disco hacia abajo y al Oeste. El amplio seno del Tappan Zee estaba inmóvil y cristalino, exceptuando aquí y allá una suave ondulación que reflejaba la sombra azul de las montañas distantes. Unas pocas nubes ambarinas flotaban en el cielo, sin un soplo de aire que las moviera. El horizonte tenía un hermoso tinte dorado, que cambiaba poco a poco hacia un puro verde manzana, y de este al azul oscuro del medio del cielo. Un rayo sesgado se demoraba en las crestas boscosas de las barrancas que encerraban algunos tramos del río, dando mayor profundidad al gris oscuro y violeta de sus paredes rocosas. Una chalupa holgazaneaba en la distancia, bajando lentamente con la corriente, la vela colgada inútil del mástil; y cuando los reflejos del cielo brillaban en el agua quieta, parecía como si la embarcación estuviera suspendida en el aire.

Ya oscurecía cuando Ichabod llegó a la fortaleza de los señores Van Tassel, que encontró colmada con la flor y nata de la vieja sociedad granjera de la zona, raza esbelta de rostros firmes, todos en sus chaquetas de paño y calzones, medias azules, enormes zapatos y magníficas hebillas de peltre. Sus mujeres, peque-

12 Planta con cuya semilla se hace pan.

Escaneado con CamScanner



© **Estrada** – El jinete sin cabeza. *La leyenda de Sleepy Hollow.*

Escaneado con CamScanner

ñas y movedizas, con cofias bien atadas en la cabeza, faldas de cintura baja, enaguas de paño, con tijeras y alegres bolsillos de algodón blanco colgando del costado. Jóvenes de pechos grandes, casi tan anticuadas como sus madres, salvo por un sombrero de paja, una linda cinta, o quizás un vestido blanco, mostraban los síntomas de las innovaciones de la ciudad. Los hijos lucían chaquetas cortas de faldones cuadrados, con hileras de estupendos botones de bronce, y el pelo, en general, con la coleta a la moda, especialmente si podían procurarse una piel de anguila para amarrarlo, elemento estimado en el país como poderoso nutriente y fortalecedor del cabello.

Pero el héroe de la escena era Brom Bones, que había acudido a la reunión en su caballo favorito, Daredevil[13], una criatura, igual que él, llena de brío y diabluras, y que nadie más que él podía montar. Era notorio que prefería animales peligrosos, adictos a toda clase de trucos que mantenían al jinete en constante riesgo, pues consideraba que un caballo razonable y bien domado era indigno de un hombre de su ánimo.

De buena gana me detendré en la descripción del mundo de encantos que se abrió bajo la mirada arrebatada de mi héroe cuando entró en la sala de la mansión Van Tassel. No me refiero a los encantos de la bandada de jóvenes robustas, con su opulento despliegue de rojos y blancos, sino a los amplios encantos de una genuina mesa de té holandesa, en la rica época del otoño. ¡La acumulación de bandejas de tortas de distintas y casi indescriptibles especies, que solo la experimentada cocinera holandesa puede distinguir! Estaba la rosca dura, el budín blando, y el buñuelo crocante; masas dulces y amargas, masas de jengibre y de miel, y todo el resto de la familia de las masas. Y después había pasteles de manzana, y pasteles de durazno, y pasteles de zapallo; además de rebanadas de jamón y carne ahuma-



[13] En inglés, *daredevil* significa "atrevido", "valeroso".

Escaneado con CamScanner

da; y los tazones deliciosos de jalea de ciruela y durazno y pera y membrillo; para no hablar del sábalo hervido y los pollos asados; junto con boles de leche y crema, todo dispuesto, más o menos como lo he venido mencionando, alrededor de la tetera maternal que enviaba hacia el techo sus nubes de vapor. ¡Dios bendiga la abundancia! Me falta aliento y tiempo para exponer este banquete como se lo merece, y estoy demasiado apurado por seguir adelante con mi historia. Felizmente, Ichabod Crane no estaba tan apurado como su historiador, así que pudo hacer meticulosa justicia a cada golosina.

Era una persona amable y agradecida, cuyo corazón se iluminaba a medida que su cuerpo se llenaba de buen alimento, y cuyo espíritu se elevaba con la masticación, como el de otros se eleva con la bebida. Mientras comía no podía evitar que sus grandes ojos se desplazaran por todo lo que lo rodeaba, y calculaba con deleite la posibilidad de que algún día él podía ser el dueño de todo ese escenario de casi inimaginable lujo y esplendor. Entonces, pensaba, cómo se apuraría a darle la espalda a la vieja escuela; cómo chasquearía los dedos en la cara de Hans Van Ripper y todos sus demás mezquinos patrones, y cómo expulsaría a puntapiés a cualquier pedagogo itinerante que se atreviera a tratarlo como a un colega.

El viejo Baltus Van Tassel se movía entre sus invitados con un rostro ensanchado por la satisfacción y el contento, redondo y jovial como la Luna de las cosechas. Sus atenciones hospitalarias eran breves, pero expresivas: se limitaban a un apretón de manos, una palmada en el hombro, una risotada y una apremiante invitación a "acercarse y servirse".

Y ahora el sonido de la música desde el salón llamaba al baile. El músico era un viejo negro de cabello gris, que había sido la orquesta viajera del vecindario durante más de medio siglo. Su instrumento era tan viejo y desvencijado como él mismo. La mayor parte del tiempo rascaba sobre dos o tres cuerdas, acom-

© Estrada – *El jinete sin cabeza. La leyenda de Sleepy Hollow.*

Escaneado con CamScanner

pañando cada movimiento del arco con uno de la cabeza; se inclinaba casi hasta el suelo, y daba un resonante puntapié en el piso cuando una nueva pareja entraba en la pista.

Ichabod se envanecía de su calidad de bailarín tanto como de sus poderes vocales. Ni un miembro, ni un músculo de su cuerpo quedaba ocioso; y al ver su desarticulada figura en pleno movimiento girando por el salón, uno habría pensado que el mismísimo San Vito, ese venerado santo patrón de la danza, se había aparecido en persona. Era la admiración de los negros de la granja y de las granjas vecinas, de todas edades y tamaños, que habían acudido movidos por la curiosidad y ahora formaban pirámides de brillantes caras oscuras en cada puerta y ventana, mirando la escena con gran diversión: hacían girar sus ojos blancos y mostraban sonrientes hileras de marfil de oreja a oreja. Pero el verdugo de niños traviesos, ¿podía acaso no estar animado y feliz? La dama de su corazón era su compañera de baile, y sonreía graciosamente en respuesta a las miradas amorosas que él le dirigía; mientras Brom Bones, carcomido por el amor y los celos, estaba sentado con gesto sombrío en un rincón.

Cuando el baile terminó, Ichabod se incorporó al círculo de los señores más serios, quienes, encabezados por el viejo Van Tassel, estaban sentados en un extremo de la galería, charlando sobre los viejos tiempos y contando largas historias sobre la guerra.

Este vecindario, en la época de la que hablo, era uno de esos sitios altamente favorecidos que abundan en crónicas heroicas y grandes hombres. El frente británico y el americano habían pasado por él durante la guerra; de ahí que hubiera sido escenario de las andanzas de refugiados, desertores y toda clase de aventureros de frontera. Apenas había pasado el tiempo suficiente para permitirle a cada narrador adornar su cuento con un poco de ficción sentadora, y, en lo vago del recuerdo, volverse a sí mismo el héroe de cada hazaña.

Estaba la historia de Doffue Martling, un gran holandés de

Escaneado con CamScanner



© **Estrada** – *El jinete sin cabeza. La leyenda de Sleepy Hollow.*

Escaneado con CamScanner

barba azul de tan negra, que había estado a punto de apoderarse de una fragata británica con un viejo cañón de nueve libras tomado de una trinchera, solo que el arma explotó a la sexta descarga. Y estaba el viejo caballero que quedará sin nombre, ya que era demasiado rico para ser mencionado livianamente, que, en la batalla de White Plains, siendo un excelente maestro de esgrima, desvió una bala de mosquete con un espadín: la sintió claramente zumbar por la hoja y desviarse hacia la empuñadura, en prueba de lo cual estaba dispuesto en cualquier momento a mostrar la espada, con la empuñadura un tanto torcida. Había varios más que habían sido igualmente grandes en el campo de batalla, todos ellos persuadidos de que su participación personal había sido una considerable ayuda para llevar la guerra a su feliz terminación.

Pero todo esto era nada comparado con los cuentos de fantasmas y aparecidos que seguían. El vecindario es rico en tesoros legendarios de ese tipo. Cuentos y supersticiones locales prosperan mejor en esos rincones protegidos y tradicionales, mientras que son pisoteados por las masas móviles que forman la población de la mayor parte de nuestro país. Además, en la mayoría de nuestras ciudades no hay estímulo para los fantasmas, pues apenas si han tenido tiempo de terminar su primera siesta y empiezan a revolverse en el sepulcro, cuando ya sus amigos sobrevivientes se han mudado a otra parte; así que cuando salen de noche para hacer sus rondas, no les quedan conocidos a los cuales visitar. Este es, quizás, el motivo por el que sea tan raro oír hablar de fantasmas, salvo en nuestras más antiguas e inmóviles comunidades holandesas.

La causa inmediata, sin embargo, de la preponderancia de las historias sobrenaturales en estas partes era, sin duda alguna, la vecindad de Sleepy Hollow. Desde esa región hechizada soplaba un contagio que se expandía por el aire mismo; se respiraba una atmósfera de sueños y fantasías que infectaba toda la

Escaneado con CamScanner

Tierra. Varios vecinos de Sleepy Hollow estaban presentes en lo de Van Tassel, y, como siempre, estaban difundiendo sus locas y fantásticas leyendas. Se contaban muchos cuentos horribles sobre cortejos funerales, y espantos y gemidos, oídos y vistos cerca del gran árbol donde capturaron al desdichado Mayor André. Se hicieron varias menciones, asimismo, de la mujer de blanco, que se aparecía en la cañada oscura de Raven Rock[14], y era frecuente oírla chillar antes de una tormenta en las noches de invierno, ya que había muerto allí bajo la nieve. La parte principal de las historias, empero, versaba sobre el espectro favorito de Sleepy Hollow, el Jinete Sin Cabeza, que últimamente había sido oído varias veces, patrullando la región; y, se decía, todas las noches ataba su caballo entre las lápidas del cementerio de la iglesia.

La ubicación apartada de esta iglesia parece haberla hecho siempre un sitio favorito de espíritus perturbados. Se alza en una loma, rodeada de algarrobos y majestuosos olmos, entre los cuales sus decentes paredes encaladas resplandecen con modestia, como la pureza cristiana brillando a través de las sombras. Una suave ladera desciende de ella hasta una plateada lámina de agua, bordeada por altos árboles, entre los cuales pueden apreciarse vistas de las colinas azules del Hudson. Mirando su cementerio cubierto de hierba alta, donde los rayos del sol parecen dormir con tanta tranquilidad, uno pensaría que allí, al menos, los muertos pueden descansar en paz. A un lado de la iglesia se extiende una ancha cañada boscosa, a lo largo de la cual corre un ancho arroyo entre rocas angulares y troncos de árboles caídos. Sobre una parte profunda y oscura de la corriente, no lejos de la iglesia, se había tendido antiguamente un puente de madera; el camino que llevaba a él y el puente mismo estaban muy sombreados por los árboles, que lo dejaban en penumbras,

© Estrada – *El jinete sin cabeza. La leyenda de Sleepy Hollow.*

14 Es decir, en un estrecho valle llamado "Roca del cuervo".

Escaneado con CamScanner

inclusive en pleno día; de noche, la tiniebla era temible. Pero ese era uno de los sitios favoritos del Jinete sin Cabeza, y allí era donde se lo encontraba con más frecuencia. Se contaba el cuento del viejo Brower, un hombre que no creía en fantasmas, y cómo encontró al Jinete al volver de su excursión por Sleepy Hollow, y cómo fue obligado a montar con él; cómo galoparon sobre hierbas y matas, sobre colinas y pantanos, hasta que llegaron al puente; y allí, el Jinete, de pronto se transformó en un esqueleto, arrojó al viejo Brower al arroyo y saltó por encima de las copas de los árboles con el ruido de un trueno.

Esta historia fue inmediatamente superada por una aventura tres veces más maravillosa de Brom Bones, que en su calidad de hábil jinete se permitía burlarse del Soldado Galopante. Afirmaba que una noche, volviendo de la aldea cercana de Sing Sing, había sido sorprendido por este soldado de la medianoche; que le había propuesto una carrera, apostando un bol de ponche, premio que habría ganado, porque Daredevil estaba dejando atrás con facilidad al caballo fantasma, salvo que en el momento en que llegaban al puente de la iglesia, el Soldado estalló y se desvaneció en un relámpago de fuego.

Todos estos cuentos, contados en la voz baja y arrastrada con que los hombres hablan en la oscuridad, mientras la cara de sus oyentes solo puede verse de vez en cuando al resplandor casual de la pipa, calaron hondo en la mente de Ichabod. Los recompensó con amplios extractos de su invalorable autor favorito, Cotton Mather, y agregó muchos sucesos sobrenaturales que habían tenido lugar en su nativo Estado de Connecticut, y visiones temibles que él mismo había visto en sus caminatas nocturnas por Sleepy Hollow.

La fiesta fue despoblándose. Los viejos granjeros reunían a sus familias en las carretas, y se los oía durante un rato traqueteando por los caminos del valle y las colinas distantes. Algunas de las damiselas montaban en la grupa detrás de sus galanes, y

Escaneado con CamScanner

sus risas livianas, mezcladas con el martilleo de los cascos, resonaban largamente en los bosques silenciosos, más y más débiles a medida que se alejaban, hasta apagarse... Al fin, el escenario de tanto ruido y ajetreo quedó mudo y vacío. Ichabod se demoró hasta el final, de acuerdo con la costumbre de los campesinos enamorados, para tener un momento a solas con la heredera; plenamente convencido de que ahora sí estaba en la recta final al éxito. Lo que sucedió en esta entrevista no pretenderé contarlo, porque en realidad no lo sé. Pero me temo que algo debió de salir mal, porque él partió, después de un intervalo no muy prolongado, con un aire completamente desolado y decaído. ¡Oh, estas mujeres! ¡Estas mujeres! ¿Sería posible que esta chica hubiera estado representando una comedia con sus trucos de coqueta? ¿Su estímulo al pobre pedagogo habría sido una mera maniobra para provocarle celos al otro, y así asegurarse su conquista? ¡Solo el cielo lo sabe, no yo! Baste decir que Ichabod se marchó con el aire de quien ha estado saqueando un gallinero, y no el corazón de una bella dama. Sin mirar a derecha o izquierda ni prestar atención a la riqueza rural que lo rodeaba, en la que antes se había embelesado tanto, fue directo al establo, y con varios enérgicos puñetazos y puntapiés despertó con toda descortesía a su corcel del profundo sueño del que gozaba en esos cómodos aposentos, soñando con montañas de maíz y avena, y valles enteros de alfalfa y trébol.

Era la hora exacta de las brujas, cuando Ichabod, apesadumbrado y decaído, inició su viaje de regreso, siguiendo la línea de las altas colinas que se alzan sobre Tarry Town, y que esa tarde había atravesado con tanta alegría. La hora era tan sombría como lo estaba él mismo. Allá abajo, el Tappan Zee desplegaba su oscura e indistinta extensión, que interrumpía aquí y allá el alto mástil de una pequeña embarcación que apenas se balanceaba, anclada frente a tierra. En el silencio de la medianoche, podía inclusive oír el ladrido de los perros vigilantes en

© Estrada – El jinete sin cabeza. *La leyenda de Sleepy Hollow.*

Escaneado con CamScanner

la ribera opuesta del Hudson; pero le llegaba tan débil y vago como para darle una idea de la distancia a la que se hallaba de estos fieles compañeros del hombre. Aquí y allá, también, el canto cansino de un gallo, despertado por accidente, sonaba muy lejano, desde alguna granja perdida entre las colinas; en sus oídos era como el sonido de un sueño. Cerca de él no tenía lugar ninguna señal de vida, salvo, ocasionalmente, el melancólico chirrido de un grillo, o quizás el tañido gutural de un sapo desde un pantano cercano, como si durmiera incómodo y de pronto diera media vuelta en la cama.

Todas las historias de fantasmas y duendes que había oído durante la velada volvieron a su memoria. La noche se hacía más y más oscura; las estrellas parecían hundirse más profundo en el cielo, y nubes a la deriva las ocultaban por momentos. Nunca se había sentido tan solo y desdichado. Además, se estaba acercando al sitio exacto que había servido de escenario a tantas historias de fantasmas. En el centro del camino se alzaba un enorme árbol, que superaba como un gigante a todos los otros árboles vecinos y formaba una especie de mojón. Sus ramas eran retorcidas y fantásticas, tan gruesas como para ser troncos de árboles comunes, y se extendían casi hasta tocar tierra, para después volver a subir. El árbol estaba relacionado con la trágica historia del desdichado André, que había sido tomado prisionero cerca de él; y se lo conocía universalmente como "el árbol del Mayor André". La gente del común lo contemplaba con una mezcla de respeto y superstición; en parte, por simpatía hacia el destino del desventurado militar y, en parte, por los cuentos de extrañas visiones y lúgubres gemidos que emanaban de él.

A medida que Ichabod se acercaba a este temible árbol, empezó a silbar; creyó que alguien respondía a su silbido, pero no era más que una ráfaga de brisa pasando entre las ramas secas. Al acercarse un poco más, creyó ver algo blanco, colgando

Escaneado con CamScanner

en medio del árbol; se detuvo, y dejó de silbar; pero, al mirar con más atención, vio que era un sitio donde el árbol había sido herido por un rayo, y había dejado visible la madera blanca. De pronto, oyó un gruñido. Los dientes le castañetearon y las rodillas temblaron contra la silla; pero no había sido más que el roce de una enorme rama contra otra, balanceándose en la brisa. Pasó el árbol sin más problemas, pero nuevos peligros lo esperaban adelante.

A unos doscientos metros del árbol, un pequeño arroyo cruzaba el camino, y se perdía en un bajo pantanoso y densamente arbolado, conocido con el nombre de Pantano de Willey. Unos pocos troncos tendidos lado a lado servían de puente sobre este arroyo. Del lado del camino donde el arroyo entraba al bosque, un grupo de robles y castaños, enredados con una profusión de vides silvestres, creaba una tiniebla cavernosa. Pasar este puente era una prueba difícil. En este mismísimo punto fue capturado el desdichado André, y detrás de estos castaños y vides se habían escondido los robustos campesinos que lo sorprendieron. Desde entonces se lo había considerado un arroyo encantado, y no había escolar que tuviera que cruzarlo de regreso a su casa al atardecer que no sintiera temor.

Al acercarse al arroyo, el corazón le empezó a golpear dentro del pecho; pero reunió todo su valor, le dio a su caballo media docena de puntapiés en las costillas, e intentó atravesar el puente con cierta velocidad; en lugar de lanzarse hacia adelante, el perverso y anciano animal hizo un movimiento lateral y se pegó a la cerca. Ichabod, cuyos miedos crecían con la demora, tiró de las riendas para el otro lado, y se ayudó con puntapiés: fue todo en vano; su corcel aceleró, es cierto, pero solo para precipitarse en el otro lado del camino, en medio de una espesura de zarzas y arbustos de alisos. El maestro descargó fusta y talones contra las costillas del viejo Pólvora, que se lanzó hacia adelante, resoplando y roncando, pero se detuvo antes del puente,

© Estrada – *El jinete sin cabeza. La leyenda de Sleepy Hollow.*

Escaneado con CamScanner

de modo tan brusco que faltó poco para que enviara al jinete volando por encima de su cabeza. En este preciso momento, un chapoteo al costado del puente fue percibido por el oído sensibilizado de Ichabod. En la sombra oscura del follaje, sobre la orilla del arroyo, vio algo enorme, deforme y erguido. No se movía, pero parecía acechar en la tiniebla, como un monstruo gigantesco dispuesto a saltar sobre el viajero.

El terror le erizó los pelos de la cabeza al aterrorizado pedagogo. ¿Qué hacer? Era demasiado tarde para dar media vuelta y huir; y, además, ¿qué posibilidad había de escapar de un fantasma o un duende que podía volar en las alas del viento? Reuniendo, entonces, todo su valor, o la apariencia de este, preguntó con acento estentóreo: "¿Quién es usted?" No recibió respuesta. Repitió la pregunta con voz aún más agitada. Volvió a no haber respuesta. Una vez más golpeó los costados del inflexible Pólvora, y, cerrando los ojos, estalló con involuntario fervor en el canto de un salmo[15]. En ese momento, el sombrío objeto de alarma se puso en movimiento, y con un impulso y un corcovo llegó de inmediato al camino. Aunque la noche era oscura y lúgubre, la forma del ser desconocido podía divisarse ahora, en cierta medida. Parecía ser un jinete de grandes dimensiones, montado en un caballo negro de poderosa contextura. No hizo gesto ni de ataque ni de amistad, sino que se mantuvo a un lado del camino, trotando a la par y del lado ciego del viejo Pólvora, que ahora había superado su inmovilidad.

Ichabod, que no sentía ninguna confianza hacia este extraño compañero de medianoche, y recordaba la aventura de Brom Bones con el Jinete Galopante, apresuró a su cabalgadura con la esperanza de dejarlo atrás. Pero el desconocido apuró su caballo al mismo paso. Ichabod tiró de las riendas y disminuyó la marcha al paso, pensando en dejarlo adelantarse... El otro hizo lo



15 Canto religioso.

Escaneado con CamScanner

mismo. El corazón empezó a contraérsele dentro del pecho; trató de reiniciar el salmo, pero tenía la lengua seca pegada al paladar, y no pudo emitir una sola nota. Había algo en el obstinado y sombrío silencio de este pertinaz acompañante que era misterioso y aterrador. Pronto hubo una temible explicación para ese silencio. Al subir una ladera, y dibujarse contra el cielo la silueta de su compañero de viaje, gigantesco de altura y envuelto en una capa, Ichabod quedó horrorizado al percibir que carecía de cabeza. Pero su horror llegó al límite al observar que la cabeza, que debería haber descansado sobre sus hombros, era transportada delante, sobre el pomo de la silla. Su terror ascendió a desesperación; descargó una lluvia de puñetazos y puntapiés sobre Pólvora, con la esperanza de que un movimiento súbito sirviera para dejar atrás a su acompañante; pero el espectro se le puso a la par al galope. Y allí fueron los dos, disparados, haciendo saltar piedras y chispas a cada salto. Las ropas de Ichabod tremolaban en el aire, mientras él estiraba su largo cuerpo flaco sobre la cabeza del caballo, en la ansiedad de la huida.

Ya habían llegado al tramo del camino que tuerce hacia Sleepy Hollow, pero Pólvora, que parecía poseído por un demonio, en lugar de seguir adelante dio la vuelta, y se precipitó hacia la izquierda, ladera abajo. Este camino hace unos cuatrocientos metros a través de una depresión arenosa sombreada por árboles, hasta cruzar el puente famoso en la historia del fantasma; y al otro lado del puente se alza la loma donde está la iglesia.

El pánico de su corcel le había dado a su torpe jinete una aparente ventaja en la carrera, pero no había llegado a la mitad del trayecto cuando las correas de la silla cedieron, y sintió que esta se deslizaba bajo su cuerpo. La tomó por el pomo y trató de mantenerla firme, pero fue en vano; y apenas si tuvo tiempo de salvarse abrazando al viejo Pólvora por el cuello, cuando la silla cayó a tierra, y oyó cómo la pisoteaban los cascos de su perse-

© Estrada – *El jinete sin cabeza. La leyenda de Sleepy Hollow.*

Escaneado con CamScanner

guidor. Por un momento le pasó por la mente la ira de Hans Van Ripper, porque se trataba de su silla de domingo; pero no era momento de temores mezquinos; el fantasma ya lo tenía al alcance de la mano; y él (¡culpa de su torpeza como jinete!) tenía que concentrarse en mantenerse en el lomo de su caballo; a veces se deslizaba hacia un lado, a veces hacia otro, y a veces saltaba en el alto risco de las vértebras del animal con una violencia que le hacía temer que fuera a partirse por la mitad.

Un claro en los árboles renovó su esperanza de que el puente de la iglesia estuviera cerca. El trémulo reflejo de una estrella de plata en el seno del arroyo le indicó que no estaba equivocado. Vio los muros de la iglesia resplandeciendo oscuramente bajo los árboles al otro lado. Recordó el sitio donde el competidor fantasma de Brom Bones había desaparecido. "Si puedo llegar a ese puente", pensó Ichabod, "estoy salvado". En ese momento oyó la respiración del corcel negro a su espalda; incluso creyó sentir el calor de su aliento. Otro talonazo convulsivo en las costillas, y el viejo Pólvora se metió en el puente; hizo resonar los tablones; llegó al lado opuesto; y entonces Ichabod echó una mirada atrás para ver si su perseguidor se desvanecía, de acuerdo con las reglas, en un relámpago de fuego y azufre. Pero vio al fantasma alzarse sobre los estribos, y lo vio, en ese preciso momento, lanzarle su cabeza. Ichabod trató de esquivar el horrendo proyectil, pero era tarde. Hizo impacto contra su cráneo con un tremendo estrépito, y lo arrojó a tierra, desde donde sintió cómo Pólvora, el corcel negro y el jinete fantasma pasaban de largo como un torbellino.

A la mañana siguiente, el viejo caballo fue hallado sin su silla, y con las riendas colgando a sus pies, pastando tranquilamente frente a la verja de su dueño. Ichabod no hizo su aparición en el desayuno; llegó la hora del almuerzo, pero no llegó Ichabod. Los niños se reunieron en la escuela, y al hallarla cerrada se entretuvieron paseando por la orilla del arroyo; el

Escaneado con CamScanner



© **Estrada** – *El jinete sin cabeza. La leyenda de Sleepy Hollow.*

Escaneado con CamScanner

maestro no apareció. Hans Van Ripper empezó a sentir alguna inquietud por la suerte del pobre Ichabod, y por la de su silla. Se puso en marcha una búsqueda, y tras diligentes investigaciones hallaron sus huellas. En una parte del camino que llevaba a la iglesia fue hallada la silla pisoteada en tierra; las huellas de los cascos eran profundas, lo que evidenciaba una velocidad furiosa; se las siguió hasta el puente, al otro lado del cual, en la ribera de una parte ancha de la corriente, donde el agua es profunda y oscura, fue hallado el sombrero del desdichado Ichabod, y cerca de él un zapallo destrozado.

Se dragó el arroyo, pero el cuerpo del maestro no fue hallado. Hans Van Ripper, como ejecutor testamentario, examinó el atado que contenía todas sus propiedades terrenales. Consistían estas de dos camisas y media; dos cuellos; un par o dos de medias en mal estado; un viejo juego de ropa interior de abrigo; una navaja herrumbrada; un libro de melodías de salmos lleno de señaladores; y un diapasón[16] roto. En cuanto a los libros y muebles de la escuela, pertenecían a la comunidad, salvo la *Historia de la Brujería*, de Cotton Mather, un Almanaque de Nueva Inglaterra, y un libro de claves de sueños y profecías; entre las páginas de este último se halló una hoja de papel muy tachada y con manchones en diversos intentos infructuosos de redactar versos en honor de la heredera de Van Tassel. Estos libros mágicos y el borrador poético fueron inmediatamente entregados a las llamas por Hans Van Ripper, quien desde ese momento decidió no mandar más a sus hijos a ninguna escuela, observando que de este conocimiento de la lectura y la escritura nunca había salido, que él supiera, nada bueno. En cuanto al dinero que poseyera el maestro (y había recibido su paga semanal apenas un día o dos antes), debió de llevarlo encima en el momento de su desaparición.



16 Instrumento hecho con una varilla en forma de U, que al sonar produce un tono determinado.

Escaneado con CamScanner

El misterioso suceso provocó muchas especulaciones en la iglesia el domingo siguiente. Varios grupos de curiosos y chismosos se reunieron en el cementerio, en el puente, y en el sitio donde habían sido hallados el sombrero y el zapallo. Se recordaron las historias de Brouwer, de Bones, y muchas otras, y se las compararon con los síntomas del caso actual; al fin, sacudiendo las cabezas, llegaban a la conclusión de que Ichabod había sido raptado por el Soldado Galopante. Como era soltero, y no debía nada a nadie, nadie se preocupó más por él; la escuela fue trasladada a otro sitio del valle, y otro maestro vino a reinar en lugar del ausente.

Es cierto que un viejo granjero, que estuvo de visita en Nueva York varios años después, y que llevó a esta ciudad el relato de la aventura sobrenatural, trajo de vuelta el dato de que Ichabod Crane seguía vivo; que había dejado la región en parte por miedo al fantasma y a Hans Van Ripper, y en parte por la mortificación de haber sido intempestivamente rechazado por la heredera; que había cambiado su domicilio a una parte distante del país; había seguido enseñando y había estudiado leyes al mismo tiempo; había recibido el título de abogado; se había hecho político; había sido electo; había escrito para los periódicos; y al fin había sido elegido juez de una corte civil. También se notó que Brom Bones, quien poco después de la desaparición de su rival condujo al altar a la rozagante Katrina, parecía ocultar algún conocimiento cada vez que se contaba la historia de Ichabod, y siempre estallaba en una vigorosa carcajada ante la mención del zapallo; lo que llevó a algunos a sospechar que sabía más del asunto de lo que quería decir.

No obstante, las viejas señoras, que son los mejores jueces en estas cuestiones, mantienen hasta hoy que Ichabod fue secuestrado por medios sobrenaturales; y su hazaña constituye una historia favorita en la zona, alrededor de los fuegos de invierno. El puente se volvió más que nunca objeto de un terror

© Estrada – *El jinete sin cabeza. La leyenda de Sleepy Hollow.*

Escaneado con CamScanner

supersticioso; y esta puede ser la razón por la que se alteró el trazado del camino años más tarde, de modo de llegar a la iglesia bordeando el arroyo. La escuela abandonada no tardó en volverse una ruina, y se decía que la habitaba el fantasma del infortunado maestro, y los campesinos que araban esos campos, volviendo lentamente a casa en los atardeceres de verano, a menudo habían oído su voz a la distancia, cantando un salmo melancólico sobre las tranquilas soledades de Sleepy Hollow.

Escaneado con CamScanner

Posdata

Hallado entre los papeles manuscritos
del señor Knickerbocker

El cuento anterior ha sido transmitido casi en las mismas palabras en que lo oí contar en una reunión de la Corporación de la vieja ciudad de Mangattoes, en la que estaban presentes muchos de sus ciudadanos más sabios y más ilustres. El narrador era un caballero entrado en años, simpático y desaliñado, con ropa raída y una sonrisa triste en el rostro; caballero cuyos notorios esfuerzos por hacerse agradable me provocaron fuertes sospechas de que fuera pobre. Una vez concluida su historia, hubo muchas risas y aprobación, en especial por parte de dos o tres concejales, que habían dormido a lo largo de la mayor parte del relato. Hubo, sin embargo, un viejo caballero alto y de aire seco, con cejas colgantes, que mantuvo todo el tiempo un gesto grave y hasta un tanto severo, y de vez en cuando cruzaba los brazos, inclinaba la cabeza y miraba el piso como si revolviera una duda en su cabeza. Era uno de esos hombres precavidos, que nunca se ríen, sino con buenos motivos, es decir, cuando tienen la razón y la ley de su lado. Cuando la hilaridad del resto de la compañía hubo cesado y se restauró el silencio, este caballero apoyó un codo en el brazo del sillón, y poniendo el otro en jarras, preguntó —con un ligero, pero extremadamente cauto movimiento de la cabeza y una contracción del entrecejo— cuál era la moraleja de la historia y qué probaba al final.

El narrador, que en ese momento se llevaba un vaso de vino a los labios para recuperarse del esfuerzo, se detuvo un momento, miró a su interrogador con un aire de infinita deferencia, y bajando el vaso lentamente a la mesa, observó que la his-

© Estrada – El jinete sin cabeza. La leyenda de Sleepy Hollow.

Escaneado con CamScanner

toria se proponía, del modo más lógico, probar lo siguiente:

—Que no hay situación en la vida que no tenga sus ventajas y placeres... siempre que no nos obliguen a descubrirlo mediante una broma pesada. Segundo: que el que corre carreras con soldados fantasmas, lo más probable es que tenga una caída... De lo que se concluye que, para un maestro rural, ser rechazado por una heredera holandesa es un paso seguro en dirección a los altos cargos públicos.

Después de esta explicación, el cauto caballero mayor frunció el entrecejo diez veces más, visiblemente desconcertado por el silogismo[17]; mientras tanto, el de la ropa raída lo miraba con algo que se parecía a un triunfante sarcasmo. Su interlocutor dijo al fin que todo estaba muy bien, pero aun así consideraba a la historia un poco demasiado extravagante: había uno o dos puntos sobre los que albergaba dudas.

—Lo bien que hace, señor —respondió el narrador—. Por lo pronto, yo mismo no creo ni en la mitad de lo que conté.

Fin

17 Se refiere al razonamiento anterior, o sea, a un argumento cuya conclusión se deduce de las dos instancias previas.

Escaneado con CamScanner